

CRISTIANIDAD

TRES ACTITUDES

QUE NO SE PUEDEN PEDIR A LA IGLESIA
ANTE LA CAUSA DE LA PAZ

- I. ALIANZA
- II. NEUTRALIDAD
- III. INHIBICION

LO QUE LA IGLESIA
NO PUEDE APORTAR
A LA CAUSA DE LA PAZ

EN EL MOMENTO DE ENTRAR EN MAQUINA ESTE NUMERO
NO DISPONEMOS DEL TEXTO NECESARIO PARA LLENAR
NUESTRA SEPARATA, QUE APARECERA CON EL PROXIMO
PARA EVITAR EL RETRASO DEL PRESENTE

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD
REVISTA QUINCENAL

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

Precios de suscripción } **ORDINARIA 150 pesetas**
 } **ESPECIAL reducida. 100 pesetas**

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual

Para los Sres. Sacerdotes, reducción sobre la cuota mínima

Tomos encuadernados de "CRISTIANDAD"

	<u>PESETAS</u>
Tomos años 1944 a 1949, volumen de un año	125' -
» año 1950 (sin Iconografía Española de la Asunción)	140' -
» año 1950 (con Iconografía Española de la Asunción)	215' -
Los siete tomos, años 1944 a 1950 con el N.º extraordinario 161/162 e Iconografía Española de la Asunción	950' -

Tomos de lujo, encuadernados en pergamino o piel con estuche de tela, precios especiales.

RADIO VATICANO

EMISIONES EN LENGUA ESPAÑOLA

Especial sobre el **XXXV Congreso Eucarístico Internacional** de Barcelona: los **miércoles 1.º y 3.º de cada mes** a las 21 horas, ondas 50,26; 41,21 y 31,10.

TODOS LOS DIAS:

1.º Hora 15,15. Ondas 31,10; 25,55; 19,87 y 196.

NOTICARIO IRVAT

2.º Hora 21,00. Ondas 50,26; 41,21 y 31,10.

Domingo: NOTICIAS MISIONALES.

Lunes: LA IGLESIA EN EL MUNDO.

Martes: LA PALABRA DEL PAPA.

Miércoles: REVISTAS RADIOFONICAS:

1.º y 3.º: *XXXV Congreso Eucarístico Internacional.*

2.º y 4.º: *«Alter Christus».* Emisión sacerdotal.

Jueves: VIDA CATOLICA HISPANOAMERICANA

Viernes: CONFERENCIAS, REPORTAJES. (Los últimos Viernes de cada mes, emisión sobre CRISTIANDAD).

Sábado: SABATINA EN HONOR DE N. SEÑORA.

TODOS LOS JUEVES:

Hora 22,30. Ondas 25,55 y 19,87.

LA SEMANA DESDE EL VATICANO.

TERCEROS DOMINGOS:

Hora 11,15. Ondas 50,26; 31,10 y 25,55.

EMISION RELIGIOSO-MUSICAL.

Católico:

La Iglesia nos exhorta a una **Cruzada de Regeneración Espiritual** para la salvación de los hombres.

Prepárate para el Congreso Eucarístico.

Escucha todos los domingos a las 10,30 por Radio Barcelona

"La Voz de la Cruzada"
y todos los primeros viernes de mes a las 8 de la mañana
"El programa del Corazón de Jesús en las ondas".

Precio de este ejemplar: 7'50 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SUMARIO

EDITORIAL:

«¡Escuchad de los labios de vuestro Padre y Pastor un grito de alerta!» (pág. 101).

EL TESORO PERENNE:

Glosas a la Carta Pastoral del señor Obispo de Barcelona, «Santidad y paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional», Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 102, 103 y 117.)

PLURA UT UNUM:

Las exigencias del mundo, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 104-107).

Dios no es nunca neutral, por Roberto Coll Vinent (págs. 108-110).

ANTOLOGIA EUCARISTICA ESPAÑOLA (Pág. 111).

Pacifismo y verdadera paz, por Carlos Feliu de Travy (págs. 112-113).

Para la verdadera unidad de la Iglesia, por Arturo Cayuela, S. J. (págs. 114-117).

EL BIELDO Y LA CRIBA

«Cuestión social» y «Cuestión económica»: La unidad de la persona y el Estado, por F. H., (pág. 118).

Los dos federalismos; por Rafael Cambra (págs. 118-120).

DE ACTUALIDAD:

De la Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 120-122).

De la Quincena política, por Shehar Yashub (págs. 122-124).



«¡Escuchad de los labios de vuestro Padre y Pastor un grito de alerta!»

... De Nós que no podemos quedar mudo e inerte ante un mundo que camina sin saberlo por los derroteros que llevan al báratro almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos...

Después de recurrir nuevamente a la bondad de Dios y a la misericordia de María, es necesario que cada fiel, cada hombre de buena voluntad vuelva a examinar, con resolución digna de los momentos trascendentales de la historia humana, qué es lo que puede y debe hacer como aportación suya a la obra salvífica de Dios, en auxilio del mundo de hoy abocado a la ruina.

Lector de CRISTIANDAD: ¿Has leído y meditado la alocución dirigida por S. S. el Papa a los fieles de Roma el pasado 10 de febrero? (Colección de Documentos Pontificios, págs. 28-32)

El «potente despertar, la acción iluminadora y unificadora» a que el Papa invita a los fieles de Roma, manifestando su deseo de que sea imitado en seguida por las diócesis vecinas y lejanas, es la consigna en que el Papa concreta **la urgente y práctica** aportación que todos debemos y podemos aportar, secundando a la Iglesia, a la causa de la paz.

No seamos también nosotros como aquellos «pobres miopes» de que el Papa habla compasivamente en su reciente mensaje de Navidad, ¡no consideremos como lo único verdaderamente práctico aquello que precisamente no está en nuestras manos: **aquello que la Iglesia misma no puede aportar a la causa de la paz!** Este practicismo no sería así en definitiva sino un estímulo del pesimismo y de la indolencia.

No podemos en cambio excusarnos de la acción a que el Papa nos invita: todos podemos en realidad prestar nuestra ayuda a la aportación con que la Iglesia no sólo teórica sino prácticamente trabaja por la paz del mundo.

Atendamos a la paternal exhortación salida del corazón intranquilo del Vicario de Cristo: **Leamos y meditemos, examinemos y obremos.**

«No es este el momento de discutir». «Ahora ha llegado el tiempo». Manos pues a la obra: **Muévaos Dios que esto quiere; que os atraiga la grandeza de la empresa, que os estimule su urgencia; el justificado temor del porvenir terrible, que se derivaría de una culpable inercia, venza todo titubeo y afiance todas las voluntades.**

Glosas a la Carta Pastoral del Señor Obispo de Barcelona «Santidad y Paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional»

III.—LA MESA DE LA PAZ

Tenemos derecho a hablar de la paz

A la palabra *paz* le pasa ya lo que a aquellas que profanan los hombres con su mal uso o perfidia, unos por pronunciarlas vana o indebidamente, otros por tener sus labios manchados de impiedad o de blasfemias. Y así, con ser palabras muy dignas de todo honor y alabanza, sentimos como cierto temor en emplearlas, como si las profanáramos también. ¡Lo que puede la malicia humana!

Decimos esto a propósito del tema central del XXXV Congreso Eucarístico Internacional “La Eucaristía y la Paz”. ¿Por qué precisamente relacionar la Eucaristía y la Paz?, dicen algunos. ¿Acaso será porque la tal palabra se ha convertido en el espejuelo del día, algo así como la moda? ¿Es tanta la conexión entre una y otra, que se pueda hacer tema central de un congreso de tal envergadura?

¿No vamos a causar hastío con tanto hablar de la paz? ¿No se imputará a nosotros lo que a los de la O. N. U.?

Afirmemos ante todo para los que ignoran o tienen un concepto equivocado de la Iglesia Católica, que en nuestros labios jamás puede sonar la palabra paz a burla o ironía o, lo que es peor, a un anuncio muy llamativo con que propinan los enemigos de la Verdad el veneno del odio y del rencor a través de las ondas y de su cadena mundial de propaganda. A fuerza de hablar de ella parecen haber logrado el título hereditario de ser sus tutores y además la exclusiva.

¡Sólo nos faltaba eso! Sí, sí, que la opinión pública se distraiga oyendo sus planes y admirando la rectitud de sus intenciones para que no atienda a los resultados de Polonia, a los acuerdos de Yalta y a los tristes efectos de Corea; y sobre todo, que la Iglesia Católica no hable, que su voz no llegue a oídos del pueblo, que Ella se distraiga también con los representantes que le vamos a enviar.

Eso querrían. Todo hombre que aspire a la sensatez, sea o no católico, analice y pondere el último mensaje navideño del Papa, felizmente reinante, y se convencerá de que los católicos tenemos derecho a hablar de la paz y

de cuán divina es la misión que tiene la Iglesia de velar por ella, por lo cual no vamos a detenernos en ello. Nos toca demostrar ahora no sólo la oportunidad del tema central *La Eucaristía y la Paz*, sino que existen además unas relaciones tan íntimas entre las dos que una y otra no pueden desentenderse, y, de consiguiente, siempre serán actuales para el hombre peregrino y desterrado en este valle de miserias.

Enseñanzas de la liturgia

Una no muy detenida meditación de la parte litúrgica de la Misa que precede a la Comunión nos abre el camino por donde podemos discurrir en esta glosa preparatoria de la parte doctrinal que intentaremos desarrollar, Dios mediante, en otra, basándonos en la incorporación de los fieles en Cristo, o doctrina del Cuerpo Místico.

Apenas nuestros labios, acompañados de unas manos suplicantes, han terminado aquella primera y única profesión de hermandad que ha existido y puede vigir en el mundo, invocando al *Padre común para que perdone nuestras deudas como nosotros perdonamos las de nuestros deudores*, el sacerdote prosigue en nombre nuestro: *Libranos, Señor, te rogamos, de todos nuestros males pasados, presentes y futuros, y por intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios, y de tus santos apóstoles Pedro, Pablo y Andrés, y de todos los santos, DA PROPICIO PAZ A NUESTROS DÍAS; para que asistidos con el auxilio de tu gracia, nos veamos siempre libres del pecado, y exentos de toda perturbación.*

Luego resonará la voz por las bóvedas del templo pronunciando aquel saludo que Jesús legó a los suyos: *LA PAZ DEL SEÑOR SEA CON VOSOTROS.* Y al poco rato con el corazón contrito y humillado y suplicante: *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros y DANOS LA PAZ.*

No te muevas del lado del sacerdote que inclinado reverentemente musita esta plegaria: *Oh Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: LA PAZ OS DEJO, MI PAZ OS DOY; no repares en mis pecados, sino en la fe de tu Iglesia y,*

LA EUCARISTIA NOS HACE UNOS

Del Beato Juan de Avila

¿Habéis mirado cómo están los hombres? Perdidos por comer pecados. Dolámonos de esto. Muy novicio es en la Escritura quien esto piensa. “Carne es amarse a sí mismo”, y carne llama el Apóstol San Pablo (Gal., 5, 19, 21) a la “enemistad”, y a la “idolatría” y a “las contiendas”; porque todas estas cosas nacen del propio amor; y como cada uno se ama a sí mismo, de aquí viene comer cada uno su carne, y haber división entre muchos; y de la división nace la perdición, la cual quiere Cristo remediar con este divinísimo Sacramento.

Mirad qué bien lo pide la Iglesia en la oración Secreta de la Misa de esta presente festividad (del Corpus): “Señor, suplicamos a vuestra Majestad que deis a vuestra Iglesia las mercedes de la unidad y de la paz, que hagáis a todos vuestros cristianos uno; las cuales cosas son figuradas debajo de estos dones que ofrecemos. Lo que ofrecemos es pan y vino: el pan se hace de muchos granos y el vino de muchos racimos; pues así como aquí de muchas cosas se hace una, y la muchedumbre se torna en unidad, así todos los cristianos, aunque sean muchos, se hagan una misma cosa.” ¡Oh qué chica trompeta es mi voz, y qué poca gente para esto! ¡Aquí os quiero! Si comulgáis, ¿cómo no sois uno? La división de Adán viene porque de él toma cada uno su carne. La unidad, ¿de dónde? De la carne de Cristo; no hay más de una carne aquí. Porque aquél amaba su sensualidad, y aquél la suya, de ahí vino la división y el cisma, y que cuando uno lloraba, el otro reía. “Pues yo — dice Dios — os daré una carne sola, y será más fuerte mi carne para hacerlos uno, que la vuestra para hacerlos muchos.” Porque más fuerte es el amor y lazo que tiene el ánima con la carne de Cristo, que con su propia carne.

Si no, miradlo en los mártires. “Mucho amo mi carne — dicen ellos —, pero más amo la carne de mi Señor Jesucristo. Quiébrese este lazo que tengo en la mía, y muera yo y viva en Él.”

Sois muchos, tenéis muchas carnes; yo os daré una carne sola, y será más fuerte carne, y seréis uno. Esto es comulgar. ¡Ni sabéis qué es comulgar, ni qué es comer una carne sola, ni qué ser todos unos!

¿Sabéis qué es comulgar? Tener todos un corazón (Act., 4, 32): *Erat credentium cor unum et anima una.* ¿cómo es posible que todos tuviesen un

según tu voluntad, DIGNATE PACIFICARLA Y UNIRLA: Tú que, siendo Dios, vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén. Y si la Misa es solemne con ministros presenciárs el abrazo simbólico de paz oyendo de nuevo: PAX TECUM, LA PAZ SEA CONTIGO, que, como Mensaje del Maestro, irá pasando de uno a otro, y por medio del portapaz, si hay costumbre, podrán en él estampar su ósculo los mismos fieles.

Impresiona y consuela a la vez pensar en esta solicitud cotidiana de nuestra Madre Iglesia. Todos los que se profesan amantes de la paz y no comulgan con nuestras creencias, pero que aun conservan algunos sentimientos religiosos, han de confesar que no hay otra institución en todo el orbe que cumpla más admirablemente con este deber de Religión, que tiene el hombre y la sociedad respecto al Omnipotente y Dador de todo bien, impetrando de Él el don inestimable de la paz.

Porque allí donde la Iglesia tiene un sacerdote que celebre, allí se levantarán como representantes del que es por excelencia el Mediador entre Dios y los hombres unas manos y unos labios suplicantes, lo cual tiene lugar en una y otra parte del mundo, en uno y otro campo de los contendientes.

Pero no es esto sólo. El tal valor, llamémosle apolo-gético, que descubrimos en este obrar de la Iglesia por medio de la Eucaristía, podemos enriquecerlo con algo de más precio si cabe, y es el de una contribución muy directa a la causa de la paz. Tampoco tendremos que profundizar mucho para comprobarlo, con el bien entendido, para salir al paso de posibles observaciones, que substancialmente se verifica en todos los ritos aprobados por la Iglesia Católica.

Esta contribución la llamamos marcadamente señalada, por no citar otras, en la ceremonia llamada *osculum pacis*, cuya historia y vicisitudes a través de los siglos no deja de conmover y emocionar en lo más íntimo por poco que se considere.

Hoy, gracias a Dios, tenemos en lengua vernácula buenos tratados sobre el particular que nos ahorrarán unas cuantas citas. El mismo *Liber Sacramentorum* (tomo II, págs. 103-109) del Cardenal Schuster y el más reciente *El Sacrificio de la Misa* del P. Jungmann, de la colección B. A. C., pueden cumplir sobradamente para nuestros intentos.

El ósculo de paz, lo mismo que el abrazo — tenga lugar en un momento u otro de la Misa — es siempre un

sello de reconciliación y unión. En las liturgias francas, milanesas y orientales, en las cuales precede o sigue a la oración litánica en común, después de la homilía del presidente, y de consiguiente en todo caso antes de la anáfora, se acomoda a lo descrito por San Justino, que es testimonio de mayor excepción. Ello está muy conforme al pasaje del Evangelio: “Si, al presentar tu ofrenda ante el altar, recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, vete primero a reconciliarte con él y después vuelve a ofrecer tu don (Mt. 5, 23-24).”

A pesar de lo cual, los fieles de Roma y África diferían la paz hasta el momento de la Comunión, y en la multitud de documentos que lo atestiguan se la considera como un broche o sello de la anáfora eucarística y de la oración dominical, ya recitada, de manera que, conforme al sentir de los antiguos Padres, la oración dominical, el ósculo y la Sagrada Comunión eran tres ritos íntimamente relacionados entre sí, mejor dicho, constituían uno solo que, en lenguaje moderno, podríamos llamar *Ordo Communicandi*. Atendían a las palabras del Señor: “EN ESTO CONOCERÁN QUE SOIS MIS DISCÍPULOS, SI OS AMÁIS LOS UNOS A LOS OTROS (Jo. 13, 35).”

Imaginémonos el espectáculo, y ante tal sublimidad podríamos preguntar: ¿Si todos los hombres participaran y vivieran estas ideas, no sería una contribución la más eficiente para la verdadera paz?

Sería una fiel expresión de aquellas palabras que leemos en el ritual ambrosino: “Paz en el cielo, paz sobre la tierra, paz a todo el pueblo, paz a los sacerdotes de la Iglesia, y que la paz de Cristo y de su Iglesia permanezca para siempre con nosotros.”

Corolario

Y ya en nuestro andar de la imaginación nos hemos remontado a la España de aquellos tiempos y hemos querido conceder a la Eucaristía unas cuantas migajas de aquel espíritu pacífico y pacificador que reinó en las más destacadas de aquellas asambleas, que conocemos con el nombre de Concilios de Toledo.

Por este motivo, y para que nuestros antepasados nos sirvan de aliento a tomar con interés el desarrollo de los temas fundamentales del Congreso, no como si sólo fuéramos a recrearnos en discursos o conferencias de palpitante actualidad, sino,

ánima y un corazón? No es obra de hombres. ¿Cómo se hace eso?

Ya que todos los corazones sean unos, ¿cuyo será ese corazón, para que todos los otros se conformen con él? ¿Será quizá el corazón del Rey el molde donde se han de amoldar todos los corazones? ¿Cuyo será?

No es corazón de ningún hijo de Adán, que descienda de él por vía de pecado; no es corazón de hombre mortal, que es corazón malo, corazón sucio.

¿Pues cuyo?

“Nos autem sensum Christi habemus” (I Cor., 2). O como dice el griego: “Nos mentem Christi habemus”. Nosotros — dice San Pablo — tenemos el sentido, o Corazón de Cristo, que todo es uno.

¡Oh, bienaventurado hombre que tal tiene! ¡Que ande un hombre por ahí, y quizá enfermo, y quizá menospreciado de todos, y que tenga el corazón de Dios!

Allí veis cosa baja, veis accidentes de pan. ¿Hay cosa más baja que accidentes? ¡Y tienen dentro a Dios vivo! Que sois vos hombre, y por el mismo caso cosa baja, y dentro de vos tenéis el corazón de Dios! “Nos mentem Christi habemus”.

¿Qué es ser cristiano? Tener la condición de Jesucristo.

¡Oh, qué sabio es Dios, qué alto su consejo, qué supo hacer para convertir al mundo! “Padre — dice Cristo — (Io., 17, 21) ruégote que como Tú y yo somos uno, así todos estos sean unos, para que crea el mundo que Tú me enviaste”; para que viendo los infieles tanta paz y unidad entre los cristianos, digan: No es posible sino que el Dios de éstos es el Dios verdadero.

Veis aquí qué es comulgar. Tanto tenéis de buen cristiano, cuanto tenéis de la condición de Jesucristo. “Aprended de Mí, que soy humilde y manso de corazón (Mt., 11, 19). Aprended del amor que os tengo: “Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, de la manera que yo os amé” (Io., 15, 12). ¿Qué es eso sino tener su Corazón?

Si me mandáis, Señor, hacer lo que Vos hicisteis, dadme vuestro Corazón.

Éste ha de ser vuestro ahinco: Señor, dadme vuestro Corazón. Éstas vuestras oraciones, éstas vuestras disciplinas, éstos vuestros ayunos, éste vuestro decir de Misas. ¿Hay más que esto? Quien da su Corazón, ¿qué no dará? Esta es cristiandad; una gente según la condición de Cristo.

Veis un muchacho bien dispuesto, bien criado; virtuoso; decís: “Así era su padre”. El padre sacan por el hijo. Han de ser tales los cristianos, que viendo un infiel cómo perdonan las injurias, cómo viven castamente, cómo son liberales, dijese: “Así dicen que era

LAS EXIGENCIAS DEL MUNDO

¡Deshonra de Europa!

Dos años y medio habían transcurrido desde que el Papa Benedicto XV, dirigiéndose a los gobernantes de las naciones hundidas bajo el peso de una guerra aniquiladora, les conminaba a poner término a tanta desolación y a tanta ruina.

¡Con qué profundo dolor, pero también soberana firmeza, se expresó en aquel primer aniversario de la guerra europea la voz augusta del Vicario de Cristo!

“En nombre de Dios — mandaba el Papa —, en nombre de nuestro Padre celestial y Señor, por la preciosa sangre de Jesús, que ha rescatado a la humanidad, Nos os conjuramos, a Vosotros a quienes la divina Providencia ha confiado el gobierno de las naciones beligerantes, a poner fin a esta horrible mortandad que desde hace un año deshonra a Europa” (1).

¡Deshonra de Europa! ¿Cuadra un calificativo más exacto a aquella absurda conflagración que ensangrentaba nuestro continente?

Y, sin embargo, el Papa no fué obedecido y la guerra continuó su danza terrorífica sobre el viejo mundo.

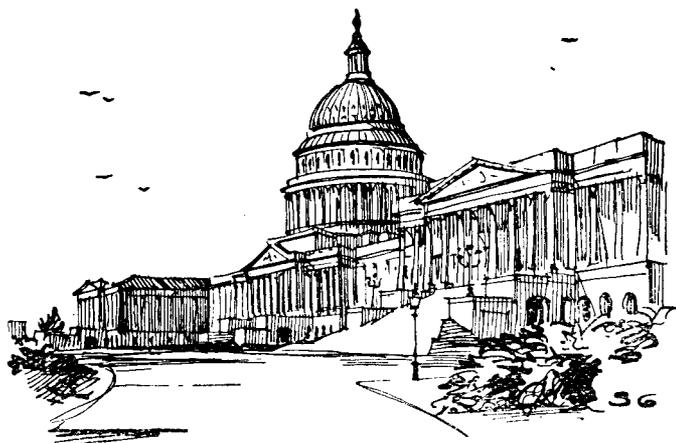
Dos años y medio después — en el mes de agosto de 1917 — el Romano Pontífice dirigió una vez más su voz angustiada a los pueblos enloquecidos, presentándoles soluciones concretas de paz. Eran los turbios días en que resplandecían, iluminando con luz de tragedia las calles de Petrogrado y Moscú, los primeros albores de la aurora roja que anunciaban el estallido próximo de la diabólica revolución bolchevique.

Pero tampoco, en aquellas horas sombrías de inquietante espera, los pueblos acogieron el saludable remedio que les mostraba su supremo Padre y Pastor, y poco después resonaba en Europa la consigna espeluznante lanzada desde Rusia por el genio tenebroso de Trotsky, un seis de noviembre de horrible recuerdo:

— ¡Guerra implacable, venganza implacable, matanza implacable!

Cuando el mundo empieza a comprender, es ya demasiado tarde. Y, no obstante, las naciones europeas que desdeñaron los puntos básicos de la paz justa y duradera se entregaron a las ilusiones falaces del programa wilsoniano, una de cuyas premisas esenciales es la de “dar a Rusia la posibilidad de lograr, sin obstáculos y sin erro-

(1) Véase *CRISTIANDAD*, núm. 108, pág. 401.



El Capitolio. Washington

res, una resolución independiente sobre su propia evolución política y nacional” (2).

Muchos años han transcurrido desde entonces, y mucho ha cambiado desde aquellas fechas la táctica seguida por los dirigentes de un mundo “que vive alejado de Cristo”. Desde el desprecio constante y sistemático de la Iglesia por parte de la mayoría de aquéllos — singularmente exteriorizado en la Conferencia de la Paz de La Haya de 1899 y con motivo de las intervenciones ya señaladas de Benedicto XV —, hasta el actual acercamiento a ella para exigirle, como dice el Papa Pío XII en su último Radiomensaje de Navidad, “la renuncia de la neutralidad” como si fuera una potencia terrena cualquiera, no ha variado ciertamente el objetivo, aunque al parecer se han modificado los métodos de combate para sembrar con astucia mayor la confusión y el desconcierto.

Pero, ¿qué persiguen esos políticos, extrañamente inspirados, con su falso lenguaje de concordia y de paz?

La primera misión del señor Taylor

En el verano de 1945, la guerra mundial tocaba a su fin.

Un ambiente de sospechoso optimismo, en contraste con el profundo desasosiego de los pueblos, reinaba en las cancillerías y en las oficinas diplomáticas de las potencias aliadas a las que sonreía misteriosamente la cruenta victoria alcanzada.

¿Quién no recuerda el alborozo de los hombres de Estado reunidos el mes de junio en la ciudad americana de San Francisco? ¿Es que hemos olvidado ya las palabras de mutuo afecto y entusiasta solidaridad que se cruzaron entre los representantes calificados de Norteamérica y de la U. R. S. S.?

Pero para llegar hasta ahí, y con la finalidad de obtener la aquiescencia del mundo católico a los planes secretos de dominio universal, se urdió una de las más tenebrosas maniobras conocidas, cuyo objetivo se encaminaba a obtener del Romano Pontífice una palabra de aliento o de comprensión al menos para la política prosoviética de los gobernantes norteamericanos.

En el mes de septiembre de 1941 — fíjense nuestros queridos lectores que la fecha es anterior al desastre de Pearl Harbour y posterior al comienzo de la guerra germano soviética — llegaba a Roma, en calidad de enviado especial del presidente Roosevelt, el señor Myron C. Taylor. El motivo de su desplazamiento a la Ciudad Eterna, según nos lo ha detallado posteriormente el propio enviado, era el de “aclarar los sentimientos y la opinión americana respecto a Su Santidad en lo referente a la Unión Soviética y los puntos de vista del Pontífice al igual respecto”. Para ello, el señor Taylor hizo entrega al Papa de una carta firmada por el presidente norteamericano, en la que éste se ufana en presentar el régimen soviético como un sistema aceptable, incluso para la Iglesia.

El tiempo parece haber borrado de la memoria de muchos, las palabras sugerentes de Roosevelt contenidas en su misiva al Santo Padre: “Según me han informado, decía, se hallan abiertas las iglesias en Rusia.”

O aquellas otras más claramente tendenciosas: “Creo que existe una posibilidad cierta de que dicho país pueda reconocer, como resultado del presente conflicto, la libertad de religión en él, aunque, naturalmente — ¡cuántas

(2) El «Mensaje de Paz» de Wilson, con sus famosos catorce puntos, fué reproducido en su casi totalidad en el número 109 de *CRISTIANDAD*, páginas 432 a 434.

¡POBRES MIOPESES...!

¡Pobres miopes, cuyo estrecho campo visual no se extiende más allá de las posibilidades palpables de la hora presente, ni más allá de las cifras que dan los potenciales militares y económicos!

¿Cómo podrían ellos formarse la más mínima idea del peso e importancia de la autoridad religiosa para la solución del problema de la paz?

Pío XII, Mensaje de Navidad de 1951.

cosas no debía significar este “naturalmente” en la mente de Roosevelt! —, *sin el reconocimiento de la intervención oficial por parte de cualquier Iglesia dentro de Rusia, en materias educativas y políticas.*”

Para terminar con una afirmación que pretendía ser una justificación ante los católicos de su flocomunismo: “*Creo que la supervivencia de Rusia es menos peligrosa para la religión, para la Iglesia*”, etc.

¿Qué pretendía el señor Roosevelt? La respuesta es evidente. Sin embargo, la contestación de Su Santidad Pío XII a las sugerencias del presidente fué terminante. Sin aludir a los términos planteados por su comunicante, el Papa hacía constar su confianza en que al estructurarse la futura paz, “la búsqueda de los valores eternos prevalecerá sobre la simple pesquisa de los bienes temporales” (3).

El señor Taylor regresó a su país convencido tal vez de la inutilidad de los intentos de su representado.

El señor Truman ataca las fuerzas reaccionarias

Pasaron los años, y en aquel verano de 1945 pareció llegado el momento de recoger los frutos sabrosos que había de deparar la siembra política del fallecido presidente norteamericano.

Ahora ocupaba la Casa Blanca su antiguo segundo, el señor Harry S. Truman. Y como todavía los Estados Unidos vivían de la ilusión de los tiempos rooseveltianos, el señor Truman aprovechó la ocasión que le brindaba la inauguración de la Conferencia de las Naciones Unidas en San Francisco para exponer las líneas fundamentales de su actuación presidencial, calcadas, lo mejor que pudo, de las normas y directrices impuestas por su mecenas y antecesor.

Recordemos unos pasajes —de la máxima actualidad en los presentes instantes— del discurso pronunciado en aquella ocasión, el 26 de junio de 1945, por el presidente Truman:

“Las fuerzas de la reacción y de la tiranía en todo el mundo tratan de impedir que las Naciones Unidas continúen disfrutando de su unidad. Aun en los momentos en que la máquina militar del Eje era destruida en Europa, esas fuerzas seguían tratando de dividirnos; fracasaron, pero volverán a intentarlo, lo intentan ahora. Dividir y conquistar era y sigue siendo su plan. Continúan tratando de hacer que cada uno desconfíe del otro. Mas sé que hablo por cada uno de vosotros cuando digo que las Naciones Unidas permanecerán unidas y que no serán

(3) Myron C. Taylor, *Pío XII y Roosevelt*. Véase también *La política filosoviética del señor Roosevelt*, en *CRISTIANDAD*, núm. 114, págs. 555 a 557.

divididas por la propaganda, ni antes ni después de la rendición de los japoneses” (4).

¿En qué ha parado esa pretensión orgullosa de las “fuerzas progresistas y revolucionarias”, en nombre de las cuales hablaba entonces el presidente Truman? ¿Qué se ha hecho de su seguridad en permanecer unidas frente a los intentos “reaccionarios”?

Hoy, las cosas, externamente al menos, parecen haber cambiado radicalmente. Y así, el examen atento de la presente situación nos conduce directamente a concluir que los “hechos — como advierte el Papa en su reciente Radiomensaje de Navidad — han llegado a tal estado de tensión, que Nos obligan a ver el mundo dividido en dos campos opuestos, la humanidad misma dividida en dos grupos tan netamente separados, que difícilmente están dispuestos a dejar a ninguno en libertad de mantener en ninguna manera una actitud de neutralidad política entre las partes adversas.”

He ahí por dónde la garantía de estabilidad pronosticada por Truman se ha convertido en fuente de inquietudes profundas y de terribles amenazas. ¿Podría explicarnos el señor Truman el por qué de ese cambio tan radical?

La segunda misión del señor Taylor

Así como en los meses estivales de 1945, las democracias se entregaban a ruidosas manifestaciones de júbilo considerando inalterable su alianza con la dictadura soviética, y lanzaban sus venenosos dardos contra los que se negaban a asociarse a sus planes; ahora especulan abiertamente con su inesperado cambio de frente, y todos cuantos se niegan a alinearse en su posición equívoca contraria oficialmente a la URSS sufren de sus investidas y se exponen a gravísimas coacciones de todo género. Como dice el Romano Pontífice, los dos grupos en que se divide actualmente el mundo, “difícilmente están dispuestos a dejar a ninguno en libertad de mantener ninguna actitud de neutralidad política entre las partes adversas”.

Pero, no para ahí la pretensión de ambos bandos.

Unos, “los que falsamente consideran a la Iglesia casi como una potencia terrena cualquiera, como una especie de imperio mundial — explica el Vicario de Cristo —, se inducen fácilmente a exigir también de ella, como de los demás, la renuncia de la neutralidad, la opción definitiva en favor de una u otra parte”.

“Otros, por el contrario, quieren la neutralidad de la Iglesia en interés de la paz. Mas tampoco éstos tienen una idea justa del lugar que ocupa la Iglesia en el curso de los grandes acontecimientos del mundo”.

(4) *CRISTIANDAD*, núm. 140 pág. 41.

De ello puede deducirse, con facilidad, cuán profundamente se ha modificado la actitud de los dirigentes más representativos del mundo político moderno ante la verdadera Iglesia de Jesucristo.

En los tiempos del presidente Wilson, como hemos recordado en el comienzo de este modesto trabajo, la posición de las grandes democracias en relación a la Santa Sede, fué de desprecio absoluto, ignorando totalmente sus exhortaciones de paz, sus proposiciones específicas para poner término a la guerra que asolaba entonces a Europa.

En plena segunda guerra mundial, en cambio, Roosevelt — lo hemos apuntado anteriormente — se acercó al Romano Pontífice con la extraordinaria pretensión de convalidar sus relaciones y sus pactos con el Kremlin, intentando convencerle de que nada había de temer la Iglesia de la victoria de los ejércitos comunistas. ¿Cabía una pretensión más tendenciosa y, al mismo tiempo, más descabellada?

Ciertamente, cabía. Y así, en 1947, dos años después de la frenética requisitoria de Truman en la capital de California, el señor Taylor — el mismo que representó en sus tiempos al presidente anterior — se dirigía apresuradamente a Roma con el encargo de entregar al Papa una carta personal del Jefe de Estado norteamericano, en la cual revelaba al Pontífice sus deseos y sus propósitos ante el giro trascendental de la situación política mundial.

La intención de Truman se manifestaba sin disimulos en los primeros párrafos de su epístola:

“Yo deseo hacer — afirmaba — todo lo que esté en mi mano para apoyar y contribuir a un concierto de todas las fuerzas que luchan por un mundo moral... Estas aspiraciones morales están en los corazones de los hombres buenos de todo el mundo. Están — concretaba el presidente — en todas las iglesias y las escuelas.”

Y añadía: *“La guerra demostró que todas las personas, independientemente de sus divergentes confesiones religiosas, pueden unir sus esfuerzos para la preservación y la defensa de los principios de libertad, moralidad y justicia. Deben unir sus esfuerzos ahora en la causa de asegurar la paz, si no quieren ser debilitados uno por uno y reducidos a la impotencia en momentos de gran necesidad”* (5).

Fíjense nuestros pacientes lectores en el paso casi imperceptible del “pueden” al “deben”. Truman se dirige al Santo Padre como si estuviera revestido de una dignidad superior a la suprema dignidad pontificia del Vicario de Jesucristo en la tierra. Como si su misión primordial fuera la de procurar la unión entre las diversas “iglesias” y escuelas; la de fundir en un común anhelo la verdad y el error, la luz y las tinieblas.

Pero, ¿quién encargó al señor Truman de semejante misión?

No creemos que estén muy lejos de la realidad los que suponen que la mal llamada paz que preconizaba en dicha ocasión el presidente norteamericano, era una trampa tendida para cazar a los espíritus débiles y superficiales. ¿No respiraban, acaso, sus insinuaciones el tufllo característico de las logias?

El señor Truman amonesta a las «Iglesias»

Ese papel de jefe espiritual de la humanidad que se ha atribuido con tanta despreocupación el presidente norteamericano, le ha inducido recientemente — en los últimos días de septiembre de 1951 — a dirigir una especie de sermón a los componentes de una “peregrinación” protestante que estuvo en Washington “para visitar

(5) *Carta del Presidente Truman a Su Santidad el Papa Pío XII*, 6 de agosto de 1947. *CRISTIANIDAD*, núm. 87, págs. 480 y 481.

sus monumentos” y “ver los documentos” fundacionales del Estado norteamericano.

Comprueben la técnica “pastoral” del señor Truman: *“Del culto y de las enseñanzas de las sinagogas e iglesias de nuestro país ha venido una integridad moral, una preocupación de la justicia y del bienestar humano, un sentido de la igualdad humana, un amor de la libertad humana y una práctica de la fraternidad, que son necesarias para la vida de nuestras instituciones nacionales.”*

¿Dónde habremos leído antes eso de la “igualdad, libertad y fraternidad” venidas de las sinagogas y de determinadas iglesias? Pero dejemos esa añagaza, tan parecida a la que empleó la antigua serpiente, y veamos lo que pretende en realidad el presidente norteamericano:

“Deberíamos dejar a un lado nuestras divergencias — fijémonos en el hecho de que Truman se dirige aquí a todas las “iglesias” — y unirnos ahora, porque jamás nuestras divergencias nos han parecido tan mezquinas e insignificantes como nos parecen ante el peligro que afrontamos en el día de hoy.”

Del contexto puede deducirse que el peligro a que alude el señor Truman es el comunista, ante el cual — ¿miedo?, ¿cálculo? — le parecen “mezquinas e insignificantes” la oposición fundamental entre la verdadera Iglesia de Jesucristo y los cultos judaico, heréticos, cismáticos y paganos. Pero la osadía del exhortador llega a extremos difícilmente concebibles.

Afirma el señor Truman: *“Aun las Iglesias cristianas no han creído poder decir con una voz unánime que Cristo es su Señor y Redentor y la fuente de su fuerza contra los ejércitos de la irreligión y los peligros que corre el mundo, y ahí estará la causa de una catástrofe mundial”* (6).

¿Hemos entendido bien estas palabras? Como el señor Truman habla ahora a las “Iglesias cristianas”, asegurando que aún éstas no han podido entenderse, queda claro que la acusación directa se dirige contra la Iglesia Católica, que si bien desea y anhela como Madre amorosa la vuelta de los hijos separados al único redil de Cristo, jamás podrá aceptar fórmulas de compromiso y componenda.

Ahora bien, como la Iglesia — la Iglesia, en singular, la sola y única Iglesia — no puede atender al llamamiento del señor Truman, “ahí estará la causa de una catástrofe mundial”. Vean de qué modo tan sencillo el señor Truman acusa y denigra a nuestra Santa Madre Iglesia. ¿Qué se propone con ello el presidente norteamericano? ¿Quién le inspira o quién le dirige?

Mal camino sigue el huésped de la Casa Blanca si intenta alcanzar la verdadera paz. Recuerde, y recordemos todos humildemente, lo que decía el Papa al señor Truman respondiendo a la carta ya citada del primer magistrado estadounidense:

“Fiel custodia de la verdad eterna y madre amorosa de todos, la Iglesia de Dios, desde su fundación, hace casi dos mil años, ha sido la defensora del individuo contra el poder despótico, del trabajador contra la opresión, de la religión contra la persecución. Su misión, de origen divino, a menudo la pone en conflicto con las potencias del mal...” (7).

Y lo que ha afirmado el Pontífice en el pasado Radiomensaje de Navidad: *“Los hombres políticos, y aun quizás los hombres de Iglesia, que intentasen hacer de la Esposa de Cristo su aliada o el instrumento de sus combinaciones políticas nacionales o internacionales, atacarían la esencia misma de la Iglesia, dañarían a su misma vida; en una palabra, la rebajarían al mismo plano en que se debaten los conflictos de intereses temporales...”*

(6) El discurso de Truman lo ha publicado *Ecclesia* en su número del 26 de enero del presente año.

(7) *Carta de S. S. el Papa Pío XII al Presidente de los Estados Unidos*, 26 de agosto de 1947. *CRISTIANIDAD*, núm. 87, págs. 481 y 482.

SI SE QUIERE,
NO SOLO TEORICA, SINO PRACTICAMENTE...

Nos creemos indispensable fijar la atención en el orden cristiano, que hoy muchos han perdido de vista, si uno quiere ver el nudo del problema tal como hoy se presenta; si quiere, no sólo teórica, sino prácticamente, darse cuenta de la aportación que todos, y en primer lugar la Iglesia, pueden en realidad prestar.

Pío XII, Mensaje de Navidad de 1951.

También los comunistas intentan comprometer a la Iglesia

No crean ustedes que sólo los representantes de los Estados liberales han tratado de lograr el apoyo de la Iglesia para sus planes de paz o de guerra; también los comunistas se han "acercado" a la Sede Apostólica solicitando la cooperación de la misma a sus campañas y a sus propagandas.

El 26 de enero del año anterior, F. Joliot Curie, presidente de un titulado Consejo Mundial de la Paz, se dirigió a monseñor Montini en súplica de que presentase al Papa una carta adjunta que le enviaba "en nombre del II Congreso Mundial de Paz", celebrado en Varsovia en noviembre de 1950.

La carta comenzaba refiriéndose a dicho Congreso, y hacía constar que sus componentes habían adoptado como texto esencial un llamamiento a las Naciones Unidas. "En este llamamiento —añadía Joliot Curie— se encuentran expuestas las condiciones para la base de una paz sólida y duradera, entre las cuales nada hay más importante que la prohibición de las armas de destrucción en masa, así como la reducción progresiva y controlada de los armamentos."

Copiaba algún extremo de los contenidos en el citado llamamiento y reproducía unos fragmentos de varias alocuciones del propio Pontífice, y hasta unas palabras de un mensaje de Benedicto XV, para terminar con esta solicitud, objeto primordial de la misiva:

"El Consejo Mundial de la Paz comprueba el acuerdo completo de estos textos con el principio de un desarme progresivo y controlado más allá de los dispositivos po-

sibles de su aplicación. Por eso nos permitimos en su nombre hacer un llamamiento a Vuestra Santidad para que apoye por los medios que juzgue oportuno estas proposiciones de reducción de las fuerzas armadas, etapas en el camino del desarme general y que responden de veras a las aspiraciones y a las necesidades de todos los pueblos, cuya voz quería expresar el Congreso Mundial" (8).

La presentación de la cuestión era, como puede apreciarse inmediatamente, muy distinta a como la expone últimamente el señor Truman. Éste quiere que la Iglesia sea beligerante en favor de su bando; los comunistas, por el contrario, desean que sea neutral en interés de una paz.

Sin embargo, el problema esencial es, quizás, único:

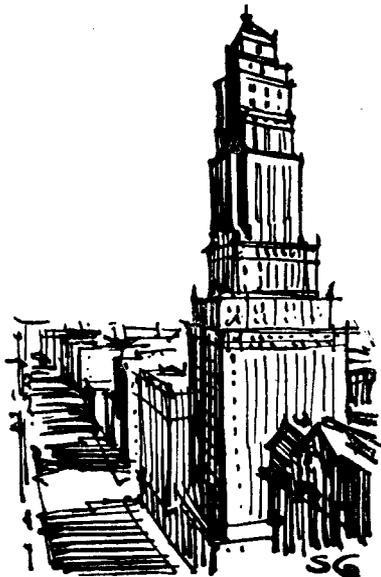
¿Por qué unos y otros coinciden hoy en pedir su colaboración a la Iglesia? ¿Por qué unos y otros, han cambiado tan de repente su táctica anterior?

También para los comunistas, y para sus aliados abiertos y vergonzantes, parecen dichas las palabras del Radiomensaje: "Otros, por el contrario, quieren la neutralidad de la Iglesia en interés de la paz. Mas tampoco éstos —añade el Papa— tienen una idea justa del lugar que ocupa la Iglesia en el curso de los grandes acontecimientos del mundo".

En la primera parte del reciente Mensaje de Navidad, queda claramente expresado lo que no puede aportar la Iglesia a la causa de la paz. Pero ¿qué hay en el fondo de las inusitadas exigencias de los máximos dirigentes políticos del mundo contemporáneo, para apartar de su divina misión de amor y de paz a la Iglesia de Cristo?

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

(8) *Ecclesia*, 17 de marzo de 1951.



Avenida del Parque. New-York

DIOS NO ES NUNCA NEUTRAL

De que el naturalismo ha invadido casi todas las esferas sociales, incluso las que menos debieran dejarse arrastrar por su influjo destructor, es prueba, aparte otras muchas no tan recientes, el raro asombro que en algunos ha despertado el lenguaje de Pío XII en el último Mensaje de Navidad.

La verdadera naturaleza de la Iglesia, sus títulos para intervenir en las cuestiones que afectan vitalmente al bien de la humanidad, sus tareas en favor de la paz, han tenido una nueva magistral exposición en este último mensaje. En rigor nada hay en él que sea nuevo en el orden de los principios.

Según un criterio puramente natural se ha dado en dividir el mundo moderno en dos bloques, enfrentados entre sí por intereses preferentemente económicos y de dominio; y se ha querido llevar al terreno de los principios unas diferencias que no existen más que por razón de estas mismas ambiciones y directrices políticas antes señaladas. Se ha hecho más: gratuita y ligeramente se han arrogado unos la condición de abanderados de la civilización cristiana, de sus conquistas y postulados, y este título les ha llevado a concentrar, también gratuitamente, el mal y el peligro en el bloque contrario.

Si esta actitud que impulsada por uno de los bandos, protagonista principal en nuestra historia contemporánea, han seguido con demasiada docilidad muchos espectadores en una tan grandiosa colisión de intereses, fuese una actitud estricta y exclusivamente política es probable que el Papa, Vicario de Cristo, no hubiera hablado con tanta fuerza ni con tanta reiteración sobre el equívoco gravísimo que esa superficial división engendra en las mentes y espíritus de los que quieren juzgar de las cosas con honradez y veracidad. Ni la Iglesia tendría argumento suficiente para intervenir en una cuestión de política técnica, dejada, como siempre, a la libre discusión de los hombres, "porque el tomar posiciones por parte de la Iglesia, aun en las cuestiones políticas, no puede ser nunca una actuación puramente política, antes debe ser siempre *"sub specie aeternitatis"*, a la luz de la ley divina, de su orden, de sus valores y de sus normas" (1).

(1) Mensaje de Navidad de 1951. Vid texto en anexo CRISTIANIDAD, núm. 167.



No es, pues, cuestión estrictamente política la que el mundo de hoy tiene planteada en primerísimo plano. Si lo fuera, el Papa permanecería en esto neutral, como lo es, y muy a pesar de los que identifican el bien con el bloque llamado anticomunista, respecto a las disputas que nacidas de una misma confusa intención sostienen con ideas igualmente falsas y funestas los dos bandos ya mencionados. Y porque no es exclusiva ni siquiera preferentemente política, el Papa y la Iglesia intervienen una y otra vez, también a disgusto de los que quisieran de la Iglesia una imposible complacencia ante el mal que avanza con el mismo vertiginoso ritmo en una y otra parte. El Papa da en esto una contestación terminante: "*Dios no es nunca neutral respecto a los acontecimientos humanos ni ante el curso de la Historia, y por eso tampoco puede serlo su Iglesia*" (1).

En qué es la Iglesia neutral y en qué no lo es

Los mismos que verían gustosos que la Iglesia y su Cabeza visible inclinaran manifiestamente su juicio y su enorme influencia moral hacia el bando que creen y llaman cristiano—claro está que nos referimos al bloque de países occidentales y anticomunistas—y procuran por todos los medios, incluso el de tergiversar palabras del Papa, hacer llegar este deseo suyo como realidad a las mentes de todos los hombres, son los que se indignan con demasiada facilidad y sin razón ninguna de que la Iglesia y sus ministros y representantes intervengan, cuando es necesario, en la política de principios, señalando la verdad y el error sobre *doctrinas* y aun sobre hechos concretos que entran de lleno en el ámbito donde la Iglesia tiene plena *jurisdicción* en virtud de un derecho divino inconcuso de *magisterio y de enseñanza* (2). Esta jurisdicción es tal, que incluso en las cuestiones mixtas corresponde sólo a la Iglesia el interpretar y determinar el momento en que su intervención es oportuna y necesaria.

"No facilitaría su cooperación a la obra de la paz quien quisiese separar a la Iglesia de su presupuesta neutralidad, o hacer presión sobre ella en la cuestión de la paz, o mermar su derecho a determinar libremente si ha de tomar posición en los varios conflictos y cuándo y cómo ha de hacerlo" (1).

No hay en el fondo contradicción en una tal injusta actitud. Los que así piensan desconocen en absoluto el carácter sobrenatural y divino de la Iglesia. Quieren forzarla inútilmente a una impasibilidad que atenta al fin docente y de autoridad que es en ella esencial. El mismo título excelso por el que se pone por encima y al margen de discusiones encontradas en materias concretas de política y economía, justifica su intervención cuando lo que está en juego es el bien y el mal, la verdad y el error, la claridad y la confusión. Porque *"la Iglesia no puede juzgar con criterios exclusivamente políticos, no puede ligar*

(2) La facultad y el derecho que la Iglesia tiene para juzgar se extiende a lo que podríamos llamar aplicación gubernativa o ejecutiva de aquello mismo que enseña y juzga. Puede en determinados casos no sólo decir si tal o cual doctrina o acontecimiento es conforme a la justicia y a la verdad sino ordenar imperativamente que ante una tal violación de la verdad o de la justicia se adopte una actitud determinada por parte del pueblo fiel. El cual así como se adhiere con el entendimiento a lo que la Iglesia infalible enseña, se adhiere también con la voluntad a lo que el Papa ordena aun en materias en las que no es infalible, en virtud de una sobrenatural garantía que descansa en la prudencia sobrenatural del que es y actúa como Vicario de Cristo.

¡ESCUCHAD DE LOS LABIOS DE VUESTRO PADRE UN GRITO DE ALERTA!

Nós no podemos quedar mudo e inerte ante un mundo que camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos.

El sentimiento de nuestra responsabilidad delante de Dios nos exige que lo intentemos todo, que lo emprendamos todo para ahorrar al género humano tan tremenda desgracia.

PIO XII. Alocución a los fieles de Roma, 10 de febrero de 1952

los intereses de la religión a orientaciones determinadas por motivos puramente terrenos... no puede olvidar, que su cualidad de representante de Dios en la tierra no le permite permanecer indiferente, ni un solo instante, entre el "bien" y el "mal" en las cosas humanas" (1).

Si la lucha que se avecina o que ha empezado ya prácticamente es una lucha política, pierden tiempo y esfuerzos los que intentan apartar a la Iglesia de su actual neutralidad en este terreno; y lo pierden más todavía los que desean que se mantenga callada si este combate es de ideas y de principios. La Iglesia en esto no es nunca neutral. Ni lo será jamás.

Falsas apariencias de honestidad en el bando que se llama cristiano: doctrina de León XIII

Las graves afirmaciones del último Mensaje de Pío XII no son, como decíamos, una novedad. No lo son dentro de la trayectoria doctrinal de todo su pontificado, como veremos luego. Ni tampoco en la postura que han adoptado siempre los Pontífices modernos. De León XIII son estas palabras: "Acerca de esas que llaman libertades, inventadas en estos últimos tiempos, conviene que cada cual se atenga al juicio de la Sede Apostólica sintiendo lo que ella siente. Téngase cuidado de que a nadie engañe su honesta apariencia; piénsese cuáles fueron sus principios y cuáles las intenciones con que suelen sostenerse y fomentarse... Sin duda ninguna si se compara esta clase de Estado moderno de que hablamos (el liberal) con otro Estado, ya real, ya imaginario (ahora, por desgracia, real, el Estado comunista y el totalitario) donde se persiga tiránica y desvergonzadamente el nombre cristiano, podrá parecer aquél (el liberal) más tolerable. Mas los principios en que estriba son tales, que nadie los puede aprobar" (3).

Sobre las dos modalidades de ateísmo en el Estado, que hoy tienen su manifestación, la una en el Estado comunista abiertamente ateo que persigue y niega a Dios, y la otra en el Estado neutro de los occidentales que prescinde y desprecia de hecho a este mismo Dios, decía, además, León XIII: "Veda, pues, la justicia y védatlo también la razón que el Estado sea ateo, o lo que viene a parar en el ateísmo, que se halle de igual modo con respecto a las varias que llaman religiones y concede a todas promiscuamente iguales derechos (4).

Trayectoria rectilínea en el Pontificado de Pío XII: Oriente y Occidente

En los Mensajes navideños de Pío XII no hay ninguna alusión al comunismo que no vaya acompañada o prece-

dida de una igual y grave alusión a los principios naturalistas y liberales que condujeron a él. El Papa en ningún caso ha circunscrito a Rusia o a Oriente en general, la causa de los males presentes, ni se define o inclina jamás a favor de una de las actitudes que los vencedores de la última guerra mundial han adoptado. No se coloca frente a los dos, sino por encima de los dos.

Seguiremos esta argumentación valiéndonos de sus mismas palabras:

"La incredulidad (la de todo el mundo) que se enfrenta contra Dios Ordenador del Universo, es la más peligrosa enemiga de un justo orden nuevo" (5).

Es sintomática la constante equiparación que siempre hace el Papa entre el hecho de negar a Dios o prescindir de Él. "Una doctrina o construcción social que niegue esa interna y esencial conexión con Dios de todo lo que se refiera al hombre, o prescinda de ella, sigue un camino falso; y mientras con una mano construye, con otra prepara los medios que tarde o temprano pondrán en peligro o destruirán su obra" (6).

La Iglesia es supranacional: ni liberalismo ni totalitarismo

Continuamos con Pío XII: "La Iglesia es la madre —"sancta Mater Ecclesia"—, una verdadera madre, madre de todas las naciones y todos los pueblos, no menos que de todos y cada uno de los hombres; y precisamente por ser madre no pertenece ni puede pertenecer a este o aquel pueblo, ni tampoco a un pueblo más ni a otro menos, sino a todos igualmente... La Iglesia es, por tanto, supranacional, porque es un todo indivisible y universal" (7).

La severa admonición que en el último mensaje dirige el Papa al que pomposamente se llama "mundo libre" tiene también un precedente en el mensaje de 1945, después de terminada la guerra con la victoria de las potencias occidentales aliadas con Rusia: "El individualismo nacional y estatal de los últimos siglos no ha pretendido solamente vulnerar la integridad de la Iglesia, debilitar y obstaculizar sus fuerzas aunadoras y unificadoras, aquellas mismas fuerzas que tuvieron en otro tiempo una parte esencial en la formación de la unidad del Occidente europeo. Un liberalismo anticuado quiso sin la Iglesia y contra ella crear la unidad mediante la cultura laica y un humanismo secularizado."

"Acá y allá como fruto de su acción disolvente (la del liberalismo) y al mismo tiempo como enemigo le sucedió el totalitarismo" (7).

(3) Enc. «Inmortale Dei». Vid. Colección enc. de A. C., pág. 176.

(4) Enc. «Libertas». Vid. Colección encíclicas de A. C., pág. 197.

(5) Mensaje de Navidad de 1941. Vid. *Ecclesia*, tomo II, pág. 21.

(6) Mensaje de Navidad de 1942. Vid. *Ecclesia*, tomo IV, pág. 54.

(7) Mensaje de Navidad de 1945. Vid. *Ecclesia*, tomo IX, págs. 557-58 y 569.

**La política más realista:
la vuelta al orden establecido por Dios**

“Frente a este innegable estado de cosas, sólo queda una solución: la vuelta a Dios y al orden establecido por Dios. Cuanto más se levantan los velos sobre el surgir y crecer de las fuerzas que han desencadenado la guerra, tanto más claramente se ve que eran ellas, las herederas, portadoras y continuadoras de los errores de los que un elemento esencial era la despreocupación, la subversión, la negación y el desprecio al pensamiento y a los principios cristianos. Si, pues, aquí está la raíz del mal, sólo queda un remedio: volver al orden puesto por Dios en las relaciones entre Estados y pueblos y volver a un verdadero cristianismo en el Estado y entre los Estados.”

“No se diga que ésta no es política realista. La experiencia habría debido enseñar a todos que la política orientada hacia las eternas verdades y las leyes de Dios es la más real y concreta de todas las políticas. Los políticos realistas que piensan de otra manera no crean sino ruinas” (7).

Ni contra unos ni contra otros

Si se trata de pueblos y naciones, “la Iglesia, enviada por el Divino Salvador a todos los pueblos para conducirlos a la salvación eterna, no pretende intervenir y tomar partido en las controversias sobre materias puramente terrenales. Es Madre, y no pidáis a una madre que favorezca o que se oponga al uno o al otro de sus hijos” (8).

Absurda pretensión que sólo la soberbia puede dictar: que la Iglesia, como si se tratara de una institución humana cualquiera, defienda a un pueblo frente al otro, a un sistema político contra otro. “Nuestra posición entre los dos campos opuestos —decía Pío XII el año 1947— está exenta de todo prejuicio o preferencia hacia uno u otro pueblo, hacia este o aquel bloque de naciones, de la misma manera que es extraña a cualquiera consideración de orden temporal. Estar con Cristo o contra Cristo: esta es toda la cuestión” (9). “Para la Iglesia, Oriente y Occidente no representan opuestos principios, antes bien participan de una herencia común a la cual entrambos han contribuido poderosamente y están llamados a contribuir también en el futuro” (10).

Es totalmente artificial y además interesada esa moderna división si bajo el punto religioso se mira. La llamada civilización occidental no tiene en exclusiva el patrimonio de la verdad cristiana ni le corresponde a ella el monopolio de sus frutos y de sus conquistas.

**La doctrina comunista y el sistema liberal,
contrarios a los designios de Dios**

El Papa describe con fuertes trazos la concepción del hombre y de la política según el sistema liberal esencialmente pagano y ateo, y descubre la íntima relación de causa a efecto entre él y la doctrina totalitaria y comunista. A las dos condena con igual energía y fuerza: “En el campo social, el disfraz de los designios de Dios se ha llevado a cabo en la misma raíz, deformando la imagen divina del hombre. A su real fisonomía de criatura que tiene origen y destino en Dios, se ha sustituido con el falso

retrato de un hombre autónomo en su conciencia, legislador incontrolable de sí mismo, irresponsable hacia sus semejantes y hacia el complejo social, sin otro destino fuera de la tierra, sin otro fin que el goce de los bienes finitos, sin otra norma que la del hecho consumado y de la satisfacción indisciplinada de sus concupiscencias.”

“De aquí ha nacido y se ha consolidado durante varios lustros, en las más variadas aplicaciones de la vida pública y privada, aquel orden demasiado individualístico (el liberal) que ha caído hoy en grave crisis en todas partes. Pero nada mejor han aportado los innovadores sucesivos, los cuales, partiendo de las mismas equivocadas premisas, y torciendo por otro camino, han conducido a consecuencias no menos funestas hasta la total subversión del orden divino, al desprecio de la dignidad de la persona humana, a la negación de las libertades más sagradas y fundamentales, al predominio de una clase sobre las otras, al servicio de toda persona y cosa al Estado totalitario, a la legitimación de la violencia y al ateísmo militante.”

“A los mantenedores de uno y otro sistema, entrambos alejados y contrarios a los designios de Dios, suene persuasiva la invitación a volver a los principios naturales y cristianos” (11).

Una carta de Pío XII a míster Truman

Con frecuencia suelen establecerse distingos impertinentes entre el lenguaje del Romano Pontífice cuando se dirige a los fieles de toda la Cristiandad y el lenguaje diplomático, más velado y circunspecto, que emplea en sus relaciones con los Jefes de Estado y Príncipes temporales. Ciertamente que al adoctrinar a todo el pueblo fiel lo hace en virtud de su máxima potestad de Padre y de Maestro; y al comunicarse con los poderosos de la tierra, sin dejar de ser Vicario de Cristo, hace uso también de su título de Soberano temporal.

No hay, con todo, contradicción alguna entre LA DOCTRINA que enseña como Maestro universal y la que incidentalmente brota de sus palabras en el lenguaje político y diplomático.

En la carta que Pío XII escribió a Mr. Harry S. Truman en fecha 26 de agosto de 1947, fiel a su pensamiento de siempre, abunda en la doctrina sentada en sus mensajes navideños y en todas sus alocuciones.

“Sería ciertamente inútil —le escribe— prometer larga vida a cualquier edificio erigido sobre arenas movedizas o sobre una base agrietada e insegura... Una vez que el Estado con la exclusión de Dios (no se refiere al comunismo ni habla de negación que es lo específico en el comunismo) intenta convertirse en la fuente de los derechos de la persona humana, el hombre queda reducido a la condición de un esclavo... (12).

“Las injusticias sociales —continúa—, las injusticias raciales y la animosidad religiosa existen hoy entre los hombres y grupos que alardean de civilización cristiana...; el país que rechaza la palabra de Dios dada a los hombres a través de Jesucristo, no contribuye en absoluto a la paz duradera del mundo” (12).

La advertencia es clara. Y la aplicación del núcleo de su pensamiento a un caso y país concreto también. Es de suponer que el Papa no se dirigiría al Presidente de los Estados Unidos para hablarle de los males y achaques del régimen de Rusia.

ROBERTO COLL VINENT

(8) Mensaje de Navidad de 1946. Vid. *Ecclesia*, tomo XI, pág. 708.

(9) Mensaje de Navidad de 1947. Vid. *Ecclesia*, tomo XIV, págs. 5-6.

(10) Mensaje de Navidad de 1950. Vid. *CRISTIANDAD* n.º 163, Año VIII, pág. 8.

(11) Mensaje de Navidad de 1949. Vid. *CRISTIANDAD* n.º 140, Año VII, pág. 28.

(12) Vid. *CRISTIANDAD* n.º 87, Año IV, págs. 481-82.



Al Rvd. Pare
Andreu Reig Prenafeta, S. J.

en las Noces d'Or Sacerdotals.

Barcelona, 21 de Desembre de 1951

¡O, coves de Mallorca
d'encantador misteri:
gentils miniatures
de l'art del Creador!
En soletat callada
la gota d'aigua fila
maravelloses randes,
palmeres i columnes,
banderes flamejantes
i monstres que fan por.

Calladament,
pausadament
l'aigua degota,
i el degotis
va perfilant
l'inmaculat encant
de pedra tosca.

Els segles tot rodant...
del sostre va baixant
l'estalactita:
la gota d'aigua pura
la roca transfigura,
damunt de sa negror
hi esclata blanca flor;
i pura, triomfant,
vers el cel va pujant
l'estalagmita.
¡Ai! ¿quan s'abraçaran?
Rodolen anys i anys,
amb son ritme pausat
los segles passen:

l'aigua va degotant...
amb misteriós encant
neix la columna.
Avui, en Noces d'Or
el misteri d'amor
ens acarona:
del cel va degotant
misteriosa Sang
d'Eucaristia.
En el pregon del cor
hi va esclatar la flor
ja fa mig segle:
la flor... pujant... pujant...
i Déu... baixant... baixant
¡Quina abraçada!

Calladament,
pausadament,
la Sang degota
i el degotis
va perfilant
l'inmaculat encant
d'aquestes Noces.

Magín M.ª Negra, S. I.



PACIFISMO Y VERDADERA PAZ

El problema: ¿paz o guerra?

“Pero la Iglesia se mantiene alejada de tales combinaciones mudables. El juzgar no es en ella salir de una neutralidad mantenida hasta entonces, porque Dios no es nunca neutral respecto a los acontecimientos humanos ni ante el curso de la Historia, y por eso tampoco puede serlo su Iglesia. Si ella habla es en virtud de su misión divina, querida por Dios” (1).

Dios no es neutral frente al acontecer humano. La razón es clara: ese acontecer en cuanto se supone producido por actos humanos, al ser referido al supremo criterio del bien, ha de resultar afectado forzosamente de uno de dos signos: positivo o negativo. Dios, bien absoluto, milita por modo necesario a favor del acontecer moralmente positivo, es decir, del que ostenta sobre sí la impronta del bien. En otras palabras: está en la idea y en la voluntad de Dios, que el bien ejerza su imperio sobre los hombres.

La Iglesia ha sido colocada por Dios en la tierra para iluminar la senda del bien. Lógicamente, pues, tampoco la Iglesia puede ser neutral. Su palabra es el rayo de sol que funde las neblinas. Los accidentes del panorama político social se muestran entonces en su propio colorido. Nadie puede llamarse a engaño. Lo malo se ve tal cual es: malo. Y lo bueno, como es en sí, bueno. El que sea de otro modo, debe achacarse únicamente a defecto visual del espectador.

Pero la aprehensión del bien, o del mal, ínsitos en las cosas y en los hechos, no deja al hombre en un estado de indiferencia, sino que repercute en su ánimo, en forma de una exigencia a obrar. Conocido el bien, el hombre ha de ir en pos de él, y, enterado del mal, debe rehuírlo. La vida del cristiano se convierte, por lo tanto, en una perpetua “agonía” detrás del más decisivo de los trofeos: el bien. Viene a resolverse en una constante singladura, dentro de la cual, las rectificaciones de rumbo, no implican renuncia al primitivo designio, sino que tienen, más bien, todo el sentido de la hábil maniobra que realiza el piloto para superar el empuje de una corriente pasajera, y enfilarse de nuevo, intrépida y cortante, la proa, hacia las costas del suspirado bien.

El bien, la verdad, la salvación, he ahí el supremo objetivo de la nave de nuestra existencia individual y colectiva. En la medida que sirvan para alcanzarlo, son las cosas útiles y necesarias. La paz y la guerra encajan plenamente dentro del encasillado de estas cosas. Se reducen en último término, a medios para el supremo fin. La paz material, o sea, la que se concibe negativamente, como término opuesto a hostilidades, no es el fin último. Ni tampoco la guerra. Ambas cosas se ordenarán al logro de la auténtica paz, que es el Bien.

Ya se ve, por otra parte, que no se trata aquí de legitimar el famoso principio “el fin justifica los medios”. No; la guerra es en sí un mal. Pero, sucede, no obstante, que considerada respecto a otras situaciones, puede convertirse en un mal menor. He ahí el sentido de las reflexiones que anteceden. Entre dos males, uno mayor y otro menor, la elección del último, supuesta la imposibilidad de optar por un tercer término, no es dudosa. Y más, si lo que sinceramente se pretende al elegir de esa suerte, es acabar de una vez para siempre, con el mal mayor. Estamos entonces, ante el supuesto de una guerra justa. El pacifismo a ultranza, que en nuestros días reputa inadmisibles cualquier hipótesis de guerra, no puede por lo tanto defenderse.

“Vouloir la paix par la guerre, ce n'est pas vouloir

(1) Mensaje de Navidad de 1951. Vid. separata de *CRISTIANIDAD*, núm. 187.

la paix”, leemos en una publicación católica de ultrapuertos (2). La frase es cierta, en el sentido en que allí se emplea, a saber, denunciando la maniobra de los comunistas, para los cuales tiene categoría de dogma el creer que su paz —la paz marxista— ha de ir precedida necesariamente de una guerra, que la establezca. Pero es falsa, si se toma en sentido absoluto. Existe una guerra justa. Y existe, porque podemos presentar para ella un fundamento legítimo: el mismo que arma el brazo del Estado, para hacer sentir sobre la espalda del culpable, todo el peso de la humana vindicta, y que es, la necesidad de restablecer el imperio del derecho.

Las Cruzadas de ayer y la «Cruzada» de Occidente

Con estulta ligereza, forrada de malicia, en la mayoría de los casos, condenan hoy muchos las Cruzadas. Resulta monstruosa, dicen, la pretensión de imponer a los demás, por la fuerza, la propia fe. “Antes de querer imponer el espíritu cristiano a otro, por la fuerza, es mejor establecerlo primero en uno mismo, y la primera señal de hacerlo así, será precisamente, abandonar la idea de cruzada” (3).

Desde luego, es forzoso reconocer que se ha querido atribuir el carácter de Cruzada, a la posible guerra de Occidente contra Oriente. Y lo es, asimismo, que no cabe aplicar tal nombre, a la coalición bélica de Occidente, dados los motivos ideológicos que privan en sus promotores. No se puede denominar así a semejante coalición, sin exponerse al grave riesgo de adulterar las esencias. Pero esta es una razón que aducimos nosotros, los que dando por válido y justo el concepto de cruzada, negamos pueda emplearse en el caso presente. Los que niegan, no la falta de capacidad receptiva del caso, para el nombre, sino la validez absoluta del concepto al que se da aquél, se hallan en una posición, por igual pedantesca que errónea.

Es cosa de maravilla contemplar a ciertos cristianos de hoy, empeñados en la espinosísima tarea de enmendar la plana, como suele decirse vulgarmente, a los Papas, a los santos, y a los cristianos de otras épocas. Eso se basta, con creces, para mostrar el saliente de pedantería que descubre semejante posición. Pero tiene ésta otro punto vulnerable. Decir que por las cruzadas se intentó, en otros tiempos, imponer a los demás, por la fuerza, la fe propia, equivale a poner de manifiesto la ignorancia más absoluta acerca de lo que aquéllas fueron y significaron. Las Cruzadas no se hicieron con tal fin. El paso de los ejércitos cristianos a lo largo de las rutas que conducían a Tierra Santa, pudo quedar grabado en huellas del más diverso signo, nunca, que nosotros sepamos, en forma de tribunales que castigaran a los que se resistían a convertirse a la verdadera religión. Los cruzados querían reparar lo que a su juicio entrañaba una injuria contra Dios. También las injurias de ese género rompen el equilibrio que sanciona el derecho. El liberalismo ha hecho a muchos incapaces para comprender tal verdad. Por eso no se admite hoy la auténtica cruzada. No ya la que ansía reparar a Dios, sino la que aspira a liberar al hombre que sufre el peso de la injusticia. Al pensar así el hombre moderno se comporta lógicamente. Si no es posible castigar al particular ni al Estado, que desconocen los derechos de Dios, porque con ello, se limitan ambos a hacer uso de la libertad que les conceden los tiempos, ¿por qué razón se habrá de reprimir al que ignora,

(3) *Esprit*, pág. 328. «Faire la paix», por Jean Lacroix, Marzo 1951.

(2) *Témoignage Chrétien*. «Le Communisme veut-il la paix», por Mgr. Ancel. 12 octubre 1951.

los derechos de los ciudadanos libres, como hace el Comunismo? El lector convendrá con nosotros que es ese el razonamiento que da origen, en el fondo, a la actitud de anti-cruzada de ciertos sectores pacifistas, pese a todas sus protestas en contrario. Ciertamente que a menudo se escudan en la caridad, para justificarse. Pero todavía es más cierto que la caridad no mata la justicia.

La Cruzada debe rechazarse, no de un modo absoluto, sino en la forma que hoy se propugna, a saber, como sinónimo de la lucha de Occidente contra Oriente. Se ha dicho ya más arriba. El Occidente no trata de restablecer en los países de allende el telón de acero, los derechos de Dios. Quiere tan sólo el triunfo de su concepción de la vida. Una concepción de la vida, materialista, aunque no niegue el derecho del hombre a creer en Dios y a practicar los actos religiosos que tal creencia supone y exige. Si atendemos a lo esencial, la oposición de Oriente y Occidente a la Verdad y a la Iglesia que la representa, se nos antoja igualmente positiva. Sólo se distingue por un matiz; el refinamiento. Mayor en el segundo, acaso, que en el primero. Un materialismo que se hace compatible con la creencia en Dios es esencialmente refinado. Tanto, que puede engañar a muchos hasta el extremo de convencerles de que no es tal materialismo. Ejemplo evidente de ello nos lo da el discurso de Truman a los miembros de distintas religiones, recientemente "descubierto" por la prensa española (4).

El discurso se aduce como una prueba de que el mundo oficial de Occidente, cree en Dios. Hay quien por ello, echa ya alborozado al vuelo sus campanas. Pero Mr. Truman afirma que todas las religiones son buenas, lo cual equivale a decir que la religión católica no es la única verdadera. Por haber dicho lo mismo los protestantes, fueron y son considerados padres del moderno materialismo. El refinamiento alcanzado por éste, después de sucesivas —y concéntricas— evoluciones, da como posible que, en nuestros días, la misma afirmación pueda ser para algunos católicos indicio cierto de que el mundo vuelve a Dios. Sobran comentarios. Valga aquí la frase estereotipada.

El pacifismo cristiano

La paz verdadera es la que preconiza la Iglesia de Cristo. Y para implantarla, urge ir a una auténtica Cruzada. Es preciso formar el ejército de los hijos de Dios, de los soldados de la Iglesia que se preparan para el combate de cristianizar el mundo, revigorizando, primero, en ellos mismos el espíritu de Cristo, que recibieron en el Bautismo, y que merced al contacto con un ambiente saturado de materialismo se ha ido debilitando. Lo ha dicho el Papa repetidas veces, y lo ha afirmado de nuevo, con claridad y vigor, diríamos, en cierto modo inusitado, en el último mensaje de Navidad y en su reciente llamamiento a los fieles de la diócesis de Roma.

El espíritu de Cristo, es la caridad. La caridad que hace que amemos a Dios con todas nuestras fuerzas, y al prójimo, como a nosotros mismos, por amor de Dios. Y si la verdadera caridad nos induce a perdonar y a abrazar al descarriado, es conveniente recordar, que asimismo, nos impele a ser justos, es decir, a dar a cada uno el bien que le corresponde. Ciertamente tenemos que mostrar entrañas de caridad con los comunistas, como dicen los partidarios de la paz a todo evento. Pero, esa caridad, no ha de impedirnos ser justos con Dios y con el prójimo. Hay que dar a Dios, lo que es de Dios — cosa que no hace el mundo occidental —. Y al prójimo que padece la injusticia de la opresión comunista, el bien de

que se ve destituido — cosa que tal vez olvidan más de la cuenta ciertos amadores de la paz —.

La paz es obra de la justicia. Un cristianismo, que no sabe que la justicia es brote espontáneo y necesario de la caridad, no puede menos de aparecérsenos sospechoso. Y no se convalida la deformación, alegando el decaimiento general del espíritu que incapacita a algunos sectores —y aun a países enteros— para la tensión de vigilia permanente, que en las actuales circunstancias demanda el estar a la altura del nombre de cristiano.

“¿Para qué ayuda escrutar el camino de Dios y del espíritu, si en la práctica se eligieran las vías de perdición y se plegara dócilmente la espalda al flagelo de la carne? ¿De qué serviría conocer y decir que Dios es Padre y que los hombres son hermanos, cuando se teme hoy toda su intervención en la vida pública y privada? ¿De qué valdrá disputar sobre la justicia, sobre la caridad, sobre la paz, si la voluntad estuviera ya resuelta a huir de la inmolación, el corazón determinado a encerrarse en glacial soledad, y si nadie osara a romper primero la barrera del odio distanciador, para correr a ofrecer un sincero abrazo? Todo esto no haría sino convertir en más culpables a los hijos de la luz, a los cuales será menos perdonado, si han amado menos.” Las precedentes palabras de Su Santidad (5) ponen al vivo la llaga de la contradicción entre las ansias de paz y la falta del verdadero espíritu, para hacerla efectiva, que sangra y corroe a nuestro mundo.

“Es todo un mundo, que es necesario rehacer desde los cimientos, que debe transformarse de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios” (6). Semejante transformación ha de traernos necesariamente la paz. “Si la humanidad, conformándose con la voluntad divina, aplica aquel seguro medio de salvación que es el perfecto orden cristiano en el mundo, verá muy pronto desvanecerse aun la posibilidad de la misma guerra justa, que no tendrá ya ninguna razón de ser, desde el momento que esté garantizada la actividad de los Estados, como genuina ordenación de paz” (7).

Humanamente hablando la paz de que habla el Papa, parece ha de concebirse a largo plazo. El peligro, en cambio, se dice, es inmediato. ¿Querrá eso decir que deben descartarse cualesquiera medios humanos que existan para procurar la paz? La negativa es clara, siempre y cuando se explique convenientemente. Han de ser buscados y empleados todos los medios humanos para promover y conservar la paz. Y al decir paz, aludimos a la situación presente, que, con todos sus defectos, no sería peor, por lo que es dable presumir, de lo que habría de serlo la guerra que se avecina. Pero la elección de los medios humanos, que están a nuestro alcance, para mantener la paz, ha de hacerse siempre con la vista fija en el supremo ideal de paz: el establecimiento del orden cristiano.

El orden cristiano es la negación de los dos extremos, que constituyen los términos del dilema político, que hoy se plantea: el pacifismo, que conduce prácticamente a ceder cada día nuevas posiciones a los comunistas, y el occidentalismo, para el que cuenta muy poco — que en realidad es lo mismo que decir que nada — la genuina concepción cristiana de la vida. Hay que luchar contra el comunismo, cierto. Pero con la enérgica determinación de que, en cuanto esté de nuestra parte, signifique la lucha un paso más hacia la implantación del orden cristiano.

Sólo hay un pacifismo auténtico entre los católicos: el de los que acatan plenamente las directrices de la Iglesia, el de los que están dispuestos a emprender, sin reservas mentales de ninguna clase, la gran cruzada de renovación espiritual según el corazón de Dios, a que exhorta Su Santidad Pío XII.

CARLOS FELIU DE TRAVY

(4) El discurso de Truman fué comentado ya por la prensa americana, en el pasado otoño, a raíz de haber sido pronunciado. Véase, por ej., «America» National Catholic weekly review, octubre 1951, pág. 34.

(5) «L'Osservatore Romano» 11-12 de febrero de 1952.

(6) Ibid.

(7) Vid Mensaje de Navidad 1951.

PARA LA VERDADERA UNIDAD DE LA IGLESIA

Dos grandes Congresos Eucarísticos: Jerusalén (1893), Londres (1908)

Entre los Congresos de esta primera etapa hubo dos, el octavo, celebrado el año 1893 en Jerusalén, y el décimonono, el año 1908, en Londres, que por las circunstancias insólitas en que se desarrollaron y por la audacia santa que supusieron, llamaron extraordinariamente la atención de la Cristiandad.

Los que conocían el estado religioso y político de Jerusalén no disimularon sus serios recelos de un fracaso, apenas se enteraron de que, no sólo se había elegido aquella ciudad para sede de un Congreso Eucarístico Internacional, sino de que el Papa León XIII había resuelto enviar al tal Congreso, en calidad de Legado Pontificio, a un Cardenal. Dadas las rivalidades que en torno de los Santos Lugares mantenían de antiguo las diferentes confesiones cristianas, así de los disidentes griegos como de los protestantes, enfrente del Patriarca latino católico y de los católicos de otros ritos, eran muy de temer complicaciones que estorbasen el éxito del Congreso. Junto a las encontradas influencias religiosas aumentaban el temor los intereses opuestos políticos de las Potencias que se esforzaban por mantener su preponderancia en Oriente. A Inglaterra y Alemania les interesaba proteger sus bases coloniales protestantes: a Grecia y Rusia, el tener bajo su tutela el patriarcado griego y los establecimientos rusos; a Francia, el defender su protectorado sobre los católicos. Austria, finalmente, e Italia, invocaban la protección otorgada por ellos sobre los Franciscanos y otros religiosos. El anuncio del envío de un Legado Pontificio excitó las ansiedades de todos los grupos heterodoxos, que creyeron ver en la tal actitud de Roma una velada intención de una nueva Cruzada, dirigida a incrementar el influjo latino en la ciudad santa. Los mahometanos, apenas oyeron hablar de Cruzada, se pusieron en guardia contra una repetición de las antiguas expediciones militares del Occidente.

En medio de tantos elementos dispares y de tantos opuestos intereses religiosos y políticos, se alzaba como



árbitro el Gobierno turco; el cual, sin que se le alcanzase cosa del espíritu cristiano, procuraba a su modo mantener en equilibrio la balanza, y para eso prevenir y evitar cualquiera ocasión de roces, y si se originaban, cortarlos por lo sano.

Supuesto semejante estado de cosas, tan hostil al catolicismo, no era extraño que se mirase como empresa, no ya arriesgada, sino aun imprudente, lanzarse a celebrar allí el Congreso, ni que fuesen pocos los Obispos orientales, mayormente los más cercanos a la Sublime Puerta, los que se arriesgasen a ponerse en camino hacia Jerusalén. Las dificultades llegaron a tal grado que por un momento se creyó que el Sultán, con la excusa de la higiene pública —habían aparecido algunos síntomas de cólera en Francia— mandase diferir *sine die* la Asamblea religiosa católica.

No obstante todo eso, ésta se celebró. ¿Cómo se superaron dificultades que parecían insuperables? Gracias al interés que por su celebración se tomó el propio León XIII, y al tacto político, puesto al servicio del celo por la glorificación de la Sagrada Eucaristía, que el Pontífice desplegó, en medio de la admiración universal. El Papa dió órdenes al Cardenal Rampolla, su Secretario de Estado, para asegurar en su nombre diplomáticamente a los Gabinetes de Viena, Berlín y Londres que el Congreso de Jerusalén no presentaría aspecto alguno agresivo frente a la política de las varias Potencias de Oriente; puesto que no era otra cosa que una sencilla demostración de piedad cristiana, tenida en los años anteriores en diversas naciones sin la más mínima perturbación del orden. Los referidos Gabinetes se dieron de ello por satisfechos, y prometieron no poner obstáculo alguno a los deseos del Padre Santo. El mismo feliz resultado obtuvieron las negociaciones del Vaticano con el Sultán; el cual, animado con las garantías que el Papa le dió, al punto dictó severas órdenes a fin de que el Congreso no fuera por nadie estorbado, antes bien se rindiesen los honores debidos al Representante de la Santa Sede. El Embajador de Francia en Constantinopla ayudó no poco al logro del deseado intento. Hasta los judíos, apenas olieron el oro que, por la afluencia de tantos peregrinos, se les iba a entrar por las puertas, se hicieron corteses promovedores del Congreso.

¿Quién hubiera dicho que por tan inesperados mediadores iba a llevarlo todo adelante la Providencia? Claramente se veía el dedo de Dios.

Entretanto llegaban a Jafa, de Marsella, Brindis y Nápoles en tres grandes buques los miembros de la peregrinación internacional, compuesta de algunos Obispos, muchísimos sacerdotes y no pocos seglares. A los pocos días, después de haber visitado distintos Santuarios, entraban en Jerusalén. Por todos sitios habían prodigado sus muestras de atención y cortesía para con toda clase de personas, fueran de la Confesión que fueran, sin excluir de sus atenciones a los mismos mahometanos y judíos. Lo que más impresionó a los habitantes de Jerusalén fué la actitud de piedad, recogimiento y compunción con que desfilaban los peregrinos, alternando sus rezos con actos de penitencia en reparación de los pecados, sobre todo de blasfemia y disolución, con que se ofende en todo el mundo a la Majestad de Dios.

El día de la apertura del Congreso, hizo su entrada

PLURA UT UNUM

solemne el Legado Pontificio, Cardenal Langenieux, Arzobispo de Reims, entre un inmenso gentío de toda nacionalidad y religión, que contemplaban la grave comitiva con el mayor respeto.

Mas lo que se esperaba con la máxima expectativa era el discurso del mismo Legado en la solemne sesión del día siguiente. Llegada que fué la hora, y con una concurrencia inmensa, sentóse el Legado, teniendo a su derecha al Patriarca de los griegos melquitas, que goza del título y jurisdicción de Patriarca de Antioquía, Aleiandría y Jerusalén; y a su izquierda al Patriarca latino, Rodeábale una augusta corona de Arzobispos y Obispos, católicos occidentales y orientales, de diferentes ritos, según el orden de su ancianidad. Era, ciertamente, un maravilloso espectáculo contemplar en torno del representante del Sucesor de Pedro, los representantes de las iglesias de Oriente y Occidente en fraternal concordia. Los Congresistas, ateniéndose fielmente a las órdenes e instrucciones dadas por el Legado, extremaban allí sus finezas con los grupos de disidentes, cediéndoles los puestos para que mejor pudiesen seguir las ceremonias y oír los discursos.

Alzóse el Legado, y tras el saludo litúrgico *Pax vobis*, empezó diciendo: "Si todos vosotros me dirigiérais ahora la pregunta que un día dirigieron los ancianos de Belén a Samuel: *pacificusne est ingressus tuus?* —vienes de paz?— yo, delegado de aquel a quien la Historia llamará el Grande Pacificador de los tiempos modernos, os respondería con los Profetas: "*pacificus: ad imolandum Domino veni*". Yo vengo a invitaros a dar gloria a Dios en el Santísimo Sacramento del Altar, y a haceros saber la paternal solicitud de León XIII por estas nobles iglesias, que conservan en la tierra de Oriente las santas tradiciones del pasado: "*Gloria Deo Pax hominibus!*".

Tales palabras causaron una honda impresión en el compacto auditorio. La satisfacción de los Orientales subió de punto, al oír de labios del Legado que el Papa le había enviado para aprovechar aquella ocasión de darles una nueva señal de su admiración y de su simpatía hacia las Cristiandades Orientales, que son las hijas primogénitas de la Iglesia de Dios. Cuando el Cardenal afirmó que, al despedirse del Padre Santo, le había dicho: "Padre Santo: yo seré el Legado de Vuestro Corazón para darles a conocer Vuestro amor", un aplauso inmenso y prolongado estalló en los ámbitos del templo. Era el eco de los hijos que respondían a las ardorosas palpitations de su Padre común.

El sagrado orador siguió haciéndose eco de las palabras del Papa; el cual, en la audiencia concedida a su Legado le había dicho que con la designación de su Representante había querido tomar parte, de algún modo, en el Congreso, a fin de aumentarle *dignidad, celebridad y esplendor*, honrar al Oriente y hacer oír, mediante el símbolo delicado del Sacramento de amor, una palabra de paz a los cristianos orientales. "No es, pues, añadió el Legado, la misión mía una misión de diplomacia ni una obra de polémica, sino una obra de piedad y adoración." Y terminó diciendo: "Y de este modo, Venerables Hermanos, nuestras reuniones eucarísticas, al paso que aumentan en los católicos el amor al Dios de nuestros altares, serán para los demás cristianos, según el explícito deseo manifestado por el Papa a los peregrinos franceses, una tácita, pero elocuente, invitación a unirse con nosotros en un mismo sentimiento, de fe, esperanza y caridad".

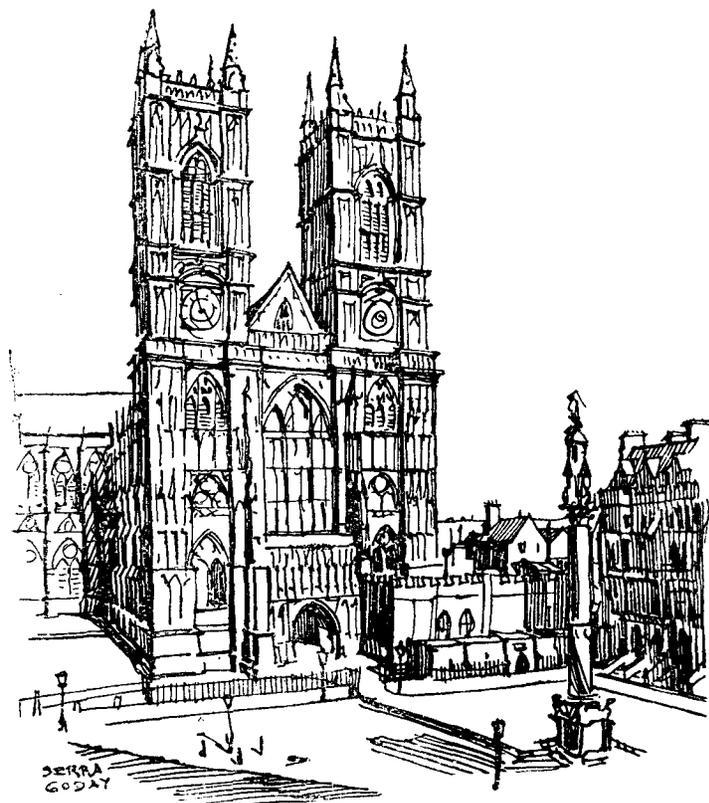
Quedó, por consiguiente, muy en claro que se excluía del Congreso todo sentido contrario a la caridad

cristiana, y se estrecharon los lazos de benevolencia entre Roma y el Oriente.

Ya en el mismo Congreso se tendió a eso mismo, mediante la celebración de Misas solemnes en distintos ritos y conforme a las diferentes Liturgias orientales, cuyas bellezas se quiso hacer notorias a los fieles del Occidente y aun se manifestó el deseo de traducirlas para común edificación de toda la Cristiandad. Podían vivir tranquilos los fieles del Oriente. Nunca había pensado Roma en latinizar los ritos orientales.

Con esto transcurrieron todos los actos del Congreso en medio de la más consoladora paz: Misas y Comuniones, asambleas y discursos, en los que participaron Obispos de distintos ritos, acentuando la fe en el misterio de la Eucaristía, centro y vida de la Liturgia; y todo, bajo la presidencia del Legado del Papa. Y es muy de notar que los disidentes, en las conversaciones tenidas con los congresistas, mostraron siempre una alta estima y veneración hacia la persona de León XIII, en quien reconocían el mejor conciliador para venir a una plena concordia. El obispo siro jacobita de Jerusalén, animado por el Obispo de Sión, griego melquita, visitó al Legado, y salió tan prendado de la benignidad fraterna y exquisita urbanidad con que fué de él recibido, que luego profirió estas palabras: "Como Dios envió a su Unigénito para salvar al mundo, así el Papa León XIII nos ha enviado a su Legado para salvar el Oriente".

El Congreso de Jerusalén, que en un principio pareció de tan difícil ejecución, pudo efectuarse, como se ha visto, gracias al extraordinario prestigio de que en todas partes gozaba el nombre de León XIII. Allí se demostró que el Papado es una autoridad universal y el centro del mundo cristiano, y que la unión con él es hoy más que nunca necesaria. Fué el Congreso como la semilla echada en el campo; y si no terminó con vistas a una relativamente próxima unión, consiguió algo que es siempre la más sólida fianza de tiempos mejores, cual es el mutuo conocimiento y estima y el acercamiento afectuoso de los corazones.



XIX Congreso, Londres

Si en el Congreso de Jerusalén triunfó espléndidamente Jesucristo en su Eucaristía de las oposiciones cismáticas, en el de Londres, celebrado el año 1908, quince años más tarde, reportó un triunfo similar de las hostilidades heréticas. Con iguales o mayores recelos y dudas aceptó el Arzobispo de Preston la invitación del Obispo de Namur, Presidente del Comité permanente de estos Congresos, a que el décimonono tuviese lugar en Londres. Confiado, sin embargo, en la asistencia divina, pidió la colaboración de las principales Asociaciones católicas, interesándolas para que pusieran al servicio de una causa tan santa sus experiencias en los trabajos de organización de obras similares. Todas respondieron con magnífico espíritu.

Pronto se empezaron a recibir peticiones de asistencia, y rápidamente cundió el entusiasmo. Nadie extrañó que entre los protestantes más radicales se apuntase un movimiento de oposición; pero no por eso se cejó en los trabajos preparatorios. A los rumores tendenciosos de las sectas de que, bajo el pretexto de un Congreso piadoso, se intentase dar un asalto al protestantismo en forma de controversia, y con aquella avenida de entusiasmo efectivo, se pretendía que se viesan arrastradas en el torrente las voluntades de muchos protestantes hacia el Papismo; contestó muy a punto el Legado Pontificio, Cardenal Vicenti Vanutelli, por intermedio de los diarios de mayor difusión, que no se llevaba mira alguna política, ni se iba a hacer controversia, sino que el Congreso era sencillamente una afirmación de los católicos en su fe en la santa Eucaristía, y con ello, en su espíritu de cristiana caridad; y que sentían los congresistas la seguridad de que, al partirse de Londres, una vez tributado su homenaje colectivo a Jesucristo, no tendrían sino palabras de elogio y gratitud para con los ingleses de diversas creencias por su cortés hospitalidad. Tales seguridades, corroboradas por las de los otros Obispos católicos, valieron mucho para conciliar las voluntades.

En la tarde del nueve de septiembre, las calles de más tráfico de Londres, en cuyas aceras se apiñaba una inmensa multitud, vieron en espectáculo nunca allí contemplado, el espléndido desfile de la Jerarquía católica, que de distantes sitios y países había concurrido. Cinco Cardenales, entre ellos nuestro Primado de Toledo, Sancha y Hervás, catorce Arzobispos, uno de ellos el de Sydney en Australia; nueve Obispos franceses, dos belgas, dos italianos, un alemán, un español (el de Lugo), un búlgaro, dos de Escocia, doce de Irlanda, uno del Canadá, dos de Estados Unidos, uno de Filipinas, seis de la América latina, uno de Australia, dos de Nueva Zelanda, y de otras Colonias inglesas; y además varios Vicarios Apostólicos, y muchos Abades. Jamás habían contemplado los londinenses por sus calles un espectáculo semejante. ¿No equivalía ello a una táctica, pero elocuente, manifestación de la universalidad de la Iglesia Romana? ¡Y toda aquella brillante comitiva, dando como escolta de honor al representante del Papa!

En la sesión de apertura la Catedral católica daba cabida a más de seis mil personas. Muchas de ellas habían esperado dos horas fuera, rezando en voz baja, dando pública edificación con su religiosa compostura. Aquella muchedumbre de católicos, al sentirse congregados bajo la presidencia de los que eran sus Pastores en Cristo, no se olvidaban de que eran ellos los hijos de aquellos sus antepasados que, a costa de tantos padecimientos, les habían legado, como sus dos tesoros más

preciosos, la fe en la Eucaristía y la adhesión a la cátedra de Pedro.

Por testimonio de los Obispos y demás asistentes, se sabe que el Congreso se desarrolló en un ambiente de cortesía y urbana hospitalidad por parte de los ciudadanos. La misma presencia de tantos personajes ilustres que con su venida honraban al fin y al cabo a su ciudad, les obligaba. Se les había además notificado que el Papa —lo era el beato Pío X—, había dicho que sentía placer en que aquel Congreso se tuviese en Inglaterra, no sólo por los frutos de piedad y de confraternidad que se esperaban, sino por aprovechar la ocasión de testimoniar su estima y benevolencia especial hacia la noble raza británica. Añadíales que la deseada concordia no podía lograrse con otro medio mejor que con el culto de la Eucaristía, tan tradicional en aquella nación de santos, y que, al decir de San Agustín, era un sacramento de piedad, una señal de unidad y un vínculo de caridad.

Una nota peculiar del Congreso, como dijo el Arzobispo Bourne respondiendo a una clara alusión del Legado, la constituía el espíritu de reparación que a todos los Congresistas les encendía los deseos de reparar con sus actos de fe y de adoración, las blasfemias proferidas tantas veces contra el Santísimo en lengua inglesa. En especial, como lo insinuó en una de las posteriores sesiones de estudio un orador, se tenía la intención de reprobar la frase blasfema contra el Santísimo Sacramento, que se contenía en la fórmula de la coronación de los Reyes ingleses, y que posteriormente, por respeto a la fe de los súbditos católicos, se ha suprimido.

Distinguióse asimismo este Congreso por la abundancia, solidez y oportunidad de los estudios que se leyeron o resumieron en las asambleas particulares. Versaron los tales estudios sobre temas tan interesantes y fructuosos como los siguientes: la fe de la Iglesia primitiva en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, comprobada por múltiples citas de San Crisóstomo; el hecho de haberse conservado esa fe aun en las iglesias separadas de la católica, de suerte que cuatro quintas partes entre ellas la profesan; la historia del culto eucarístico en Inglaterra, antes y después de la Reforma; la ejemplar docilidad y aun fervorosa alegría con que los irlandeses habían acogido la práctica de la Comunión frecuente y aun diaria, de lo cual son pruebas fehacientes las cuarenta y dos mil Comuniones que hay a la semana en la parroquia de Marlborough en Dublin. Ni se disimularon las deficiencias. Un escrito del abate Geudens deploró la negligencia en cumplir los domingos el precepto de oír Misa que entre los católicos ingleses se observa, y señaló los impedimentos que muchos alegan, casi todos provenientes de las actuales condiciones sociales. El Arzobispo de Melbourne narró ejemplos conmovedores de piedad y devoción hacia la Santa Eucaristía, dados por los primitivos colonizadores irlandeses de Australia.

El Cardenal Legado se mostraba profundamente conmovido ante el espectáculo de aquella gran multitud, congregada en la capital tradicional del protestantismo. "Me impresionó honradamente, dijo al final de la asamblea, esa vuestra intensa piedad y sinceridad con que estáis haciendo pública profesión de vuestra fe en el misterio eucarístico, y de fidelidad, obediencia y devoción al Vicario de Jesucristo, Su Santidad Pío X. Entre las cosas que le darán mayor satisfacción en su jubileo sacerdotal, no dudo en aseguraros que una será este magnífico acto vuestro de esta tarde."

La bellísima procesión de los niños realzó, con sus

PLURA UT UNUM

notas de color y devota delicadeza, los atractivos del Congreso. Veinte mil niños desfilaron vestidos de blanco a lo largo de las orillas del Támesis, entre dos hileras de espectadores conmovidos. Se dirigían a la Catedral católica, cantando y dando gritos espontáneos de alegría. Allí les recibió el Legado, y ellos se espaciaron por toda la iglesia, que se había dejado vacía para ellos solos.

Un movimiento creciente de peregrinos, muchos de ellos obreros, procedentes de los suburbios y pueblos vecinos, hacía crecer el entusiasmo colectivo para la solemnisima procesión al aire libre con el Santísimo, cuando una nota triste llevó la desilusión a aquel gentío fervorosísimo. El primer Ministro había intimado la orden de que en la procesión no se sacase el Santísimo Sacramento. Parece que la oposición partió de algunos miembros intransigentes del Parlamento, que objetaron ser dudosa la legalidad de la ceremonia, sin acordarse que años atrás en ocasiones semejantes los Gobiernos habían hecho caso omiso de unas leyes que se miraban, aun por parte de los políticos, como reliquias de un pasado fanatismo religioso fuera ya de vigor.

Los Congresistas, tranquilizados por la Jerarquía, ofrecieron al Señor aquella dolorosa contrariedad, y se desquitaban entonando con fogoso entusiasmo cantos eucarísticos en la procesión que, aun sin llevar el Santísimo, se efectuó por las calles contiguas a la Catedral, y que resultó de hecho eucaristía por la intención de todos los concurrentes.

Aquel día de clausura del Congreso se celebraron Misas de Comunión general en todos los templos católicos de la Archidiócesis y de todo el reino. El Episcopado se había puesto de acuerdo para sumarse en todas sus diócesis al augusto ceremonial de piedad adoradora y reparadora que en la capital de Inglaterra daba un día de triunfo al Dios de la Eucaristía.

Así terminó aquel Congreso maravilloso, que, al decir de muchos que habían asistido a varios de los Congresos anteriores, los sobrepujó a todos, señaladamente en organización y solemnidad. Considerándolo como una santa explosión de fe y devoción al Santísimo, salida de los corazones de tantas razas unificadas en una misma fe, se habrá de aguardar a que pase largo tiempo para contemplar en Londres un espectáculo parecido.

Arturo M.^a Cayuela, S. I.

Viene de la pág. 103

Glosas a la Carta Pastoral del Señor Obispo de Barcelona «Santidad y Paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional»

LA EUCARISTÍA NOS HACE UNOS

su Jesucristo." Esta es la cristiandad, y esto lo que prometimos en el Bautismo.

Si tenemos un corazón, ¿cómo reñimos unos con otros?

Esto es comulgar. Así como el pan deja de ser pan y se transubstancia en el Cuerpo de Cristo, así el hombre deja de ser quien era y entra en el Corazón de Cristo. (Tratado 11.^o del Santísimo Sacramento, ap. 5, págs. 192-195.)

LA MESA DE LA PAZ

Decid: Si tuviese el Rey una mesa como en tiempo de los romanos, que tenían una mesa, donde se juntaban a comer de tanto a tanto tiempo. Los que unos a otros se habían injuriado, los que habían reñido sentábanse todos a aquella mesa, y en sentándose, no había más enojo, ni más enemistad entre aquellos; llamaban la mesa de la amistad, la mesa de la paz. Nuestra mesa es ésta, hermanos; mesa de paz entre Dios y los hombres, mesa de concordia, mesa de caridad, mesa de comunión, de pobres y ricos, el altar donde comulgamos es; que el altar mesa significa. (Tratado 7.^o del Santísimo Sacramento, ap. 6, pág. 132.)

y principalmente, como quien se dispone a servir de portapaz de Cristo en todas partes, cerramos estas breves indicaciones con las ceremonias de la liturgia hispana, que empieza en la cuarta de las oraciones de la Anáfora y termina antes del *inlatio* o prefacio.

Cristo, Verbo del sumo Padre, que te hiciste carne para habitar entre nosotros, penetra en nuestros sentidos, para que todos los que hemos sido redimidos por el misterio de tu Encarnación, PERMANEZCAMOS UNIDOS EN PERPETUA COMUNIDAD DE PAZ.

ñ Amén.

Sacerdote: PORQUE TÚ ERES NUESTRA PAZ VERDADERA Y CARIDAD INFRANGIBLE, y vives y reinas con el Espíritu Santo, Dios uno, en los siglos de los siglos.

ñ Amén.

Levantando el preste las manos hasta los hombros, canta este saludo paulino (II Cor., 13, 13), como en las liturgias orientales:

Sacerdote: LA GRACIA DE DIOS PADRE OMNIPOTENTE, LA PAZ Y EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y LA COMUNICACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO SEA SIEMPRE CON TODOS VOSOTROS.

Coro: Y CON LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.

Continúa el celebrante, pero con las manos sobre el altar.

Así como estáis, DAOS LA PAZ.

Coro: MI PAZ OS DOY; LA PAZ MÍA OS ENTREGO; MAS NO OS LA DOY COMO LA DA EL MUNDO. UN NUEVO PRECEPTO OS DOY: QUE OS AMÉIS MUTUAMENTE. — MI PAZ... GLORIA Y HONOR AL PADRE, Y AL HIJO Y AL ESPÍRITU SANTO EN LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. AMÉN. — MI PAZ...

Mientras esto canta el coro, el preste toma la paz de la patena, besándola, y en seguida la da al diácono. Entonces, dice, un poco inclinado y con las manos juntas sobre el borde del altar:

RECIBID EL BESO DE AMOR Y DE PAZ (besa la patena) PARA QUE ESTÉIS DISPUESTOS A LOS SACROSANTOS MISTERIOS DE DIOS.

Y besa la placa o portapaz que el ayudante le presenta, el cual lo da a besar a los asistentes, para continuar luego en lo que corresponde al prefacio romano.

Henos aquí, pues, ante la auténtica MESA DE LA PAZ, a la que por amor infinito de Dios Humanado están invitados, previos los requisitos correspondientes, todos los hombres sin distinción alguna, mientras el mundo sea mundo.

¿Quién se atreverá a negar, por tanto, la conveniencia del tema LA EUCARISTÍA Y LA PAZ?

Martirián Brunsó, Pbro.

LA UNIDAD DE LA PERSONA Y EL ESTADO

Estamos muy lejos de pensar que estas columnas nos hayan de servir de pretexto para una pura divagación. Se nos ha ofrecido en seguida una dificultad real, que sólo un previo desbrozamiento del sentido que pudiera tener para nosotros su propio planteo, ha podido diferir.

El mismo desarrollo de la cuestión insinúa ya lo mucho de impalpable que encierra nuestro objeto. Porque, queramos o no, estamos interfiriendo uno de los temas más espinosos de la Metafísica, el de la relación, puesto que nos estamos preguntando por el Estado, así sin más, es decir, precisamente por su esencia.

Claro está que en última instancia no es éste nuestro propósito concreto, pero casi como si lo fuese, por la sencilla razón de que aun cuando tal propósito consiste ineludiblemente en la determinación del bien común social, resulta que el bien común es el fin de la ley, que a su vez fundamenta al Estado. Tal determinación, por su dificultad, origina en no pocas ocasiones un formulismo; y a eso mismo, a una fórmula, queda reducido entonces su contenido, con la consiguiente ausencia de una precisa concreción real y no simplemente nominal.

En definitiva, las cuestiones nucleares que el sujeto humano se plantea giran alrededor de su propio ser. Y su ser, misterioso, patentiza siempre una dualidad. De aquí lo fácil que resulta caer en el espejismo de tal partición ontica, sin pensar que tarde o temprano hemos de volver a toparnos con la unidad personal, en cuyo seno mismo habremos de hacer arrancar una divergencia, no extraída de una realidad unívoca, sino justamente análoga, y es por esta línea por donde no resulta sencillo avanzar, no en vano es el método, el camino de la Metafísica.

Individuo-persona, ley-amor, justicia-caridad, Estado-Iglesia, nos harán retornar constantemente al mismo punto, siempre a un misterio similar, si no idéntico. La persona, digamos el hombre, en un aspecto es inferior al Estado y está sometido a él, por otro lado le supera. ¿Habrá de entregar un trozo de su existencia a la "voracidad" del Estado y reservar otro para lo sobrenatural que a través de la Iglesia se ofrece a su alcance? Cualquier intento de dualidad, en el fondo, tiende a esta facilitación. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que sea una solución tan simplista como exageradamente acabamos de señalar, hasta el punto que desconozca el misterio de la persona. Pero si es evidente que la persona no se puede dividir o partir de ese modo, ni siquiera cabe hacerlo de cualquier otro. Hay que arrostrar su unidad y las consecuencias que comporta.

Esas consecuencias afectan lógicamente al bien común, a la determinación de su contenido, al tiempo que aquel principio de unidad y el criterio analógico que habría de condicionar su esclarecimiento nos preservaría, en una semejante determinación, de caer en el nominalismo.

Sería muy útil investigar a fondo qué quiere decir esa subordinación de los bienes y valores materiales a los valores espirituales y eternos, pues que en eso vienen a coincidir muchas definiciones del bien común que de tan conocidas resulta excusado transcribir aquí.

En una concepción cristiana valor espiritual y eterno significa sobrenatural. Ahora bien, si se reconoce que al último fin del hombre el Estado ha de subordinar los suyos propios; si el ideal, por otra parte, estriba en que se actualice el último fin de la persona de modo que ésta obre en todo y por todo vivificada y alentada exclusivamente por él, si el fin está en el principio de la acción; en tal caso la persona requerirá no sólo su propia sobrenaturalización, sino también la sobrenaturalización del Estado.

Más aún, aquella subordinación real y efectiva, que parece constituirse en la intimidad de la persona, al margen, por consiguiente, de las posibilidades coercitivas del Estado, esa subordinación ¿no será, precisamente, el Estado mismo? Porque si el Estado es una relación, un orden, y se constituye por, en y para la ley civil, elaboradora del tejido de las relaciones interpersonales, externas, en las que aquella subordinación ha de venir ya fundamentalmente dada, en tal caso, irremediadamente, la ley habrá de estar sellada e impregnada de espíritu sobrenatural. Una intervención a posteriori de la Iglesia carecería de su total eficacia.

F. H.

LOS DOS FEDERALISMOS

Durante los cinco últimos años el movimiento federalista ha tenido en Europa un extraordinario desarrollo. La idea federativa es acogida hoy por espíritus de formación bien diferente, hasta poder considerarse la palabra *federación* como uno de esos términos llenos de prestigio que sirven en una época para entrar libremente en todos los campos ideológicos. Las mismas potencias que salieron vencedoras en la contienda mundial y que se reparten hoy la hegemonía en el mundo, aunque aparezcan separadas políticamente por abismos de teoría, de ambiente y de incompreensión, comulgan únicamente en la idea federativa. Norteamérica, en efecto, constituye una unión de Estados realizada por vía federativa; la Gran Bretaña mantiene interiormente su antigua estructura federal, y en el exterior la *Commonwealth* o Comunidad Británica de Naciones. La Rusia de hoy, por su parte, se presenta como una Federación de Repúblicas Soviéticas, e incluso Francia, separándose en esto de su antiguo centralismo, denomina hoy a su imperio colonial *Union Française*.

Pero no se basa sólo en esto el prestigio actual de la palabra *federación* y de cuanto evoca, sino que, en orden al futuro, aparece a muchos como el único remedio posible para acabar con el estado de guerra, preguerra o carrera de armamentos que se ha hecho ya endémico en la sociedad contemporánea como consecuencia del moderno concepto de Estado y de las pasiones nacionalistas que de él se derivan. Me referí en un trabajo anterior (1) a cómo la ruptura del proceso federativo medieval y la creación de las nacionalidades cerradas habían sido consecuencias del constitucionalismo liberal, que intentó trazar la vida de cada pueblo sobre patrones puramente racionales, destruyendo así la primitiva constitución histórica y federativa de la sociedad. Desde entonces no ha regido entre los pueblos otro lenguaje que el de la "suprema razón de Estado" y la radical desconfianza mutua. Como remedio, la *federación*, prestigiada por sus realizaciones parciales en diversos medios, evoca hoy en todos una solución apoyada en horizontes más amplios, en una efectiva y sincera cooperación de los hombres y de los pueblos.

Tanta ha sido la difusión de esta idea, que ha llegado a constituirse un organismo coordinador de todos los movimientos federalistas con el nombre de Unión Federal Europea (UEF). Sin embargo, puede considerarse al

(1) «Patriotismo y Nacionalismo». CRISTIANDAD, núm. 160, pág. 507.

federalismo como un movimiento típico del ambiente político — esencialmente anárquico — de nuestra época, ya que fuera de la palabra *federalismo*, de mil modos interpretada, nada de común existe por lo general entre los diversos grupos que lo forman. Hay federalismos liberales al estilo de Norteamérica, federalismos socialistas, federalismos meramente practicitas, sin olvidar al *federalismo integral* de miras totalizadoras, aunque de un contenido ideológico no muy claro. Así, suele ocurrir en los congresos federalistas — y aun en las mismas controversias dentro de cada grupo — que sus miembros no se entienden entre sí, que hablan lenguajes diferentes porque los principios doctrinales y políticos en que apoyan su concepción son diversos entre sí y, a menudo, encontrados.

La mayor parte de estos movimientos federalistas parten de concepciones u operan sobre realidades que son esencialmente incongruentes, antagónicas, con el propio federalismo. Son federalismos proyectados al exterior de las naciones, que ven la necesidad de superar la divinización e intangibilidad de los Estados nacionales para hacer posible una cordial y auténtica colaboración entre los hombres, pero que parten de la existencia de esas naciones desentendiéndose del principio estructural que rige su vida política interna.

Sobre estas precarias bases es muy difícil llegar a un verdadero y popular sentimiento federalista. Algunos de estos movimientos propugnan la creación de organismos de gobierno o coordinación supranacionales, o bien sociedades de naciones de diverso género. En cualquiera de estos casos las federaciones se realizarán siempre bajo la inspiración de la potencia dominante, y por tal motivo despiertan el recelo y la hostilidad en las mismas naciones participantes. Tal fué el caso de la Federación Europea que propugnó la Alemania nacional-socialista durante la guerra, y tal la Unión Occidental que proponen ahora las potencias anglosajonas. Otros de estos movimientos reclaman la federación bajo el signo de una ideología política de común aceptación para los pueblos federados. Tal es el caso de los federalismos socialistas. Pero el Socialismo puro es esencialmente antinacional y antihistórico. Por ello, si tal fusión de pueblos llegase a realidad por la previa conversión al socialismo de la masa general de sus miembros, no se daría federación de pueblos, sino destrucción de cuanto constituye realmente a los pueblos y los mantiene como tales. Y faltando qué federar, no cabe federación. El socialismo es, por otra parte, uniformismo y centralización: en su seno — concluído su



proceso de maduración — no se daría la coexistencia armonizada y cordial de realidades diferentes — esencia de la federación —, sino la imposición niveladora de una norma teórica.

En rigor, estos federalismos constituyen sólo reacciones defensivas contra el espíritu nacionalista y los males que para la pacífica coexistencia de los pueblos acarrea.

Frente a ellos existe un federalismo lógico y viable, complemento natural de *patriotismo*, que definimos ya como un sentimiento radicalmente distinto del *nacionalismo*. Es el federalismo que se concibe, no como un postizo sistema de agrupar nacionalidades ya hechas, sino como un modo natural de evolucionar y crecer la vida política de los pueblos. Este federalismo no se refiere sólo a las relaciones internacionales, sino también al gobierno de los pueblos desde sus más pequeñas células comunitarias.

* * *

El proceso que a lo largo de la Edad Media creó las actuales nacionalidades europeas fué un proceso profundamente federativo. Pero puede decirse también que la vida y constitución interna de los pueblos fué durante aquellos siglos, y desde sus orígenes, una coexistencia federal. Cada pueblo de España, por ejemplo, se concebía como una comunidad de familias o vecinos, y tenía sus ordenanzas propias y una propiedad comunal que se consideraba como patrimonio de todas esas familias, inalienable porque no pertenecía sólo a la generación presente, sino también a las venideras. Cada municipio tenía su organización jurídica y sus leyes propias, adaptadas a sus costumbres y modos de vida. A lo largo de las luchas de la Reconquista todos los pueblos se consideraban, como por un derecho natural, independientes en lo que concernía al gobierno interior o municipal, pues los reyes y señores feudales se limitaban a exigir los pechos o tributos y la aportación personal para la guerra. El Estado, en el concepto moderno de una estructura nacional uniforme de la que todo organismo inferior recibe una vida delegada, no existió en la antigüedad ni en la Edad Media. De aquí que los

primeros tratados sobre el Estado se denominasen *Del Príncipe*, porque la persona del rey era el único elemento coordinador de aquella coexistencia de poderes autónomos, la fuente de una autoridad (la de los alcaldes), que debía hacer justicia de acuerdo con las ordenanzas de cada célula comunitaria.

Puede deducirse de aquí que el federalismo ha sido principio informador de la sociedad en que hoy se asientan los Estados nacionales, sociedad que podía considerarse como una coexistencia federal de comunidades autónomas, auténticamente sociales. Hasta bien entrado el siglo XIX los Valles navarros pirenaicos mantenían sus propias ordenanzas con un contenido jurídico autónomo, de las que sólo subsisten ya leves vestigios, y cada Junta de Valle hacía una declaración de guerra propia cuando el rey la declaraba.

Esta constitución interna de los pueblos se prolongaba en el exterior con unas ilimitadas posibilidades de federación que llegaron parcialmente a realidad hasta que el proceso resultó truncado con el advenimiento del constitucionalismo nacionalista. Federal fué la génesis de lo que hoy llamamos España — la unión voluntaria, histórica, de los pueblos españoles —, como federal es su escudo, constituido por la agrupación de cuatro diferentes bajo una misma corona. Esta federación se realizaba a veces a favor de la política matrimonial de las casas reinantes, otras a causa del proceso de homogeneización y contacto que entre los pueblos se daba y de sus consiguientes conveniencias históricas. La no realización de alguno de estos dos factores dificultaba a veces la federación, pero ésta, por uno u otro camino, se verificaba o podía, al menos, verificarse.

La condición general para que la sociedad tuviera esta estructura y este dinamismo federalistas fué la comunión de los espíritus en la unidad superior y última de la Cristiandad. El que esta unidad o aglutinante social tuviera trascendencia universal (para el mundo civilizado u occidental, al menos), y que fuese de naturaleza espiritual y religiosa, hacía de la unidad política un factor en cierto

EL BIELDO Y LA CRIBA

modo inesencial, algo moldeable por la Historia y ajustable a los hechos. Las unidades políticas que hoy llamamos naciones podían ampliarse a medida que las distancias se acortaban o que las diferencias locales disminuían en un proceso de unión federativa que no privaba a los pueblos de seguir gobernados por sí y por sus leyes en aquello que sólo a ellos concernía.

Cuando la paz de Westfalia reconoció la escisión religiosa, la unidad social de Europa dejó de ser religiosa para convertirse en meramente jurídica y política; la Cristiandad dejó de existir como patria de todos los hombres para transformarse en una coexistencia de poderes políticos propiamente *nacionales*. Entonces el carácter último e inapelable — *sagrado* — que había tenido la Cristiandad se traslada a lo que hoy llamamos sinónimamente Nación o Estado. Estas realidades salen así del terreno de lo histórico y cambiante, para pasar al de lo esencial e intangible; pasan del campo de lo conversable al de lo dogmático.

Las sociedades políticas dejan de ser la convivencia federal, bajo una

autoridad, de poderes locales e históricos anteriores en su origen a esa autoridad y autónomos en su gobierno, y se convierten en estructuras uniformes y centralizadas hacia el interior, y cerradas hacia el exterior. Hablar de federación será desde este momento un imposible teórico y práctico, porque no existe ya un lenguaje superior al de las propias nacionalidades sobre el que entenderse. Cualquier proyecto de federación internacional sonará a blasfemia, como a un creyente sonaría el hablar de una fusión de cristianismo y mahometismo mediante una reducción a sus puntos coincidentes.

Sin embargo, el federalismo o régimen político abierto sigue siendo, como radicado en la naturaleza de las cosas, algo necesario para la sociedad, y que ésta reclama de mil modos diversos. Aun al margen del pensamiento católico y tradicional, el federalismo ha resurgido continuamente, desde el antiguo doctrinarismo federal de Pi y Margall hasta la actual proliferación de movimientos federalistas. Pero todos estos modernos federalismos — verdades a medias, fragmentos de un más amplio

sistema — han pretendido restaurar aquel viejo proceso federativo prescindiendo de la ya perdida unidad religiosa, es decir, sobre bases meramente practicistas. Nunca han llegado, sin embargo, a realizaciones, ni pueden llegar porque hablan entre sí lenguajes diferentes.

Una sociedad puede mantenerse en su organización política sin unidad religiosa, es decir, sobre bases sólo practicistas, cuando las instituciones sociales y autónomas — federales — no se han destruído sino que han montenido — por inercia — su propia vida y dinamismo. Tal es el caso de los pueblos británicos.

Pero cuando la estructura social ha desaparecido bajo la acción uniformista de los Estados unitarios no podrá reconstruirse una sociedad federal sin una previa unidad religiosa y sin el respeto estricto a la realidad histórica que conserve cada pueblo, a la propia espontaneidad de su vida social. Porque pretender crear desde el Estado organismos infrasoberanos y autónomos es, práctica y teóricamente, empresa contradictoria.

Rafael Gamba

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

MENSAJE DE SU SANTIDAD

A LOS NIÑOS NORTEAMERICANOS

Como en años pasados Su Santidad el Papa se ha dirigido por radio a los niños de las escuelas católicas norteamericanas exhortándoles a que manden ropas y alimentos para los niños desvalidos de Europa. El Papa agradece los donativos del año anterior y vuelve a instarlos para el presente. El mensaje pontificio abunda en tiernos y conmovedores matices.

«Muy lejos, en las tierras al otro lado del mar, vivía un vez un hombre que amaba mucho a los niños y muchos le consideraban como a su padre. Pero vino el desastre sobre la tierra y algunos de sus hijos quedaron sin alimento, con frío, enfermos, y muchos sin casa. Así vinieron llorando a su padre. «Padre, míranos en que situación estamos. ¿Qué podemos hacer? Vuestros otros hijos felices en su abundancia, nos querrían ayudar, si lo supieran. Puede decirles como estamos, por favor, porque están muy lejos y nuestros lamentos no pueden llegar hasta ellos. Y el Padre dijo: Naturalmente, se lo diré a mis otros hijos. Y envió mensajeros a ellos, y aquellos otros niños, cuando supieron esto contestaron inmediatamente: Nos sentimos muy fe-

lices de poder ayudar a nuestros hermanos y hermanas en la necesidad. Trajeron alimentos y ropas y mantas y algunas trajeron medicinas y otros trajeron dinero, la pequeña cantidad que les daban para caramelos y pasteles. Todos estos regalos se reunieron y se enviaron a los pobres, a los niños que sufrían y que volvieron a reír y a jugar y cantar, porque vieron que tendrían alimentos y ropas, serían curados cuando cayeran enfermos. Y el Padre fué hasta una cajita mágica y hablando en ella dijo: «a, los chicos lejanos cuán agradecido estaban sus hermanos y hermanas con sus regalos y todo el mundo estaba contento».

El Papa aplica entonces el simbolismo de la parábola. Es él, el Sumo Pontífice el Padre común de los niños. Y son los niños de las escuelas católicas de Estados Unidos, los que se sienten felices de poder acudir en auxilio de los pobres niños europeos. El Papa les da las gracias y les invita a reiterar su dadivoso gesto. Y añade: «Pero escuchad una palabra más... os habréis preguntado por qué Jesús mostraba un cariño especial para los niños. El mismo dió la razón: «Porque el Reino de Dios pertenece a los que son como éstos». Sí, su inocencia y su bondad les dan derecho seguro a los cielos.

Pero, ¡ay!, pueden perder esa inocencia, y cuando los niños tienen hambre, cuando solamente están vestidos con harapos y sin hogar, es lo más fácil perder esa inocencia. Y cuán terriblemente triste es esa pérdida. Toda la ayuda que enviéis servirá para proteger a esos pequeños desafortunados, vuestros hermanos y hermanas, contra el pecado, para conservarlos queridos con el corazón de Cristo y permitirles creer como valientes defensores de Dios y de su Iglesia y súbditos leales de su país. Esto es lo que esperamos y rogamos que seáis.»

DISCURSO DE SU SANTIDAD

A LOS PARTICIPANTES EN EL VI CONGRESO DE LA CONFEDERAZIONE NAZIONALE DEI COLTAVATORI DIRETTI

El día 1 de marzo, Su Santidad el Papa recibió en audiencia a los participantes en el VI Congreso de la «Confederación Nacional de Cultivadores directos». En medio de las difíciles condiciones económicas, que siguieron en Italia al fin de la guerra, la mencionada Confederación nació a la vida pública con el sano y providente designio de agrupar a los trabajadores rurales y a los pequeños propietarios campesinos en un bloque compacto, que les

permitiera hacer frente con mayores garantías de éxito a los numerosos y graves problemas que la situación de los tiempos les planteaba. Congregados por sexta vez, desde todos los puntos de la península italiana, los miembros de la Confederación constatan las ventajas obtenidas, como fruto innegable de su común esfuerzo, y lo mismo que en el momento de la agrupación inicial, acuden hoy a oír la voz del Padre Santo. A vueltas de precisas observaciones sobre las características de la idiosincrasia campesina, Su Santidad da a los congresistas tres consejos paternales:

1.º «...esforzaos por extender más y más vuestra organización, y, sobre todo, por conquistar la juventud rural. Mostrad a estos jóvenes un afectuoso interés; formadlos y preparadlos, mediante cursos especiales, para sus deberes de cultivadores; educadlos para más amplias y elevadas perspectivas espirituales y sociales...»

2.º «...no olvidéis que la sólida base de la economía y del bienestar de los miembros de vuestra Confederación es la familia. Ahí está la fuente de vuestro vigor físico y moral, el secreto de vuestro influjo y de vuestra importancia en el Estado y en la política. Vuestra organización y la familia andan parejas; la decadencia de la una llevaría consigo la de la otra. Para salvar la familia, dirigid vuestra atención, también, al proletariado rural: éste deberá desaparecer.»

3.º «¡Finalmente pensad en Dios, amad a Dios! Sin él nadie puede nada; ninguno debe olvidarlo y menos que cualquier otro, el agricultor. Este experimenta cada día su incapacidad para «hacer que llueva y se serene»; aun los progresos técnicos más maravillosos de nada sirven, si Dios en su gracia y su misericordia, no dispone el crecimiento y el fruto.»

DISCURSO DEL PAPA

A LOS PREDICADORES CUARESMALES

Ante los predicadores cuaresmales de Roma, Su Santidad el Papa ha indicado la necesidad del fortalecimiento de las organizaciones juveniles católicas y de la existencia de movimientos católicos que den a los jóvenes la oportunidad de satisfacer sus legítimas aspiraciones con el fin de apartarlos de otros en que su vida cristiana y la salvación de su alma corrieran peligro.

El Padre Santo reiteró su llamamiento a los fieles para que formen un frente de granito contra la corrupción que está invadiendo la vida económica y social, y afirmó que los católicos deben continuar sus esfuerzos para hacer desaparecer el amplio contraste que hay entre la riqueza y la pobreza, contraste que en algunos casos, es verdaderamente penoso.

Como ejemplo de que la Iglesia quiere dar satisfacción a las legítimas aspiraciones juveniles, el

Padre Santo señaló su aprobación de que incluso a las muchachas se dé oportunidad de desarrollar una vida sana de atletismo, dentro de las organizaciones juveniles católicas; pero hizo resaltar que estas organizaciones deben atender tanto al desenvolvimiento espiritual de la juventud católica, como al material, dando a la oración el preeminente lugar que exige el torbellino de la confusión de las grandes ciudades modernas, para que las almas puedan mantenerse en estado de gracia.

El Papa pidió a los predicadores que se esfuercen en volver a la gloria de los primeros días del Cristianismo, pues, hoy, como siempre, la Iglesia es lo único capaz de salvar a la humanidad. El Padre Santo instó al clero a que apremie a la juventud a dedicar sus vidas a la Iglesia falta de parroquias y de sacerdotes. Señaló que Roma no cuenta hoy más que 127 parroquias y que algunas, de más de 30.000 fieles, no tienen si no cuatro y cinco sacerdotes.

EL CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL DE BARCELONA

Alocución del Excmo. Prelado de la diócesis.

A los tres meses vista de la inauguración del Congreso Eucarístico Internacional, el señor obispo Dr. Modrego Casaus, ha dirigido a sus diocesanos una interesantísima alocución. El prelado de Barcelona alude a los trabajos de preparación del Congreso, cuyo ritmo creciente se muestra, en la diversidad de tareas que llevan a cabo, cuantos colaboran en los organismos al efecto creados. Y añade a renglón seguido:

«Pero todo eso, con ser muy necesario, no es lo principal que de vosotros, amadísimos diocesanos, queremos y esperamos, sobre todo en estos últimos meses. Ello tiene sí, razón de medio y ayuda para que el homenaje que vamos a tributar a Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, sea ordenado y espléndido; mas el homenaje en sí mismo ha de ser algo más profundo espiritual y permanente, algo por lo que el Congreso ha de resultar grato y deslumbrante, no sólo a los ojos de los hombres sino a los de Dios; algo que no sólo sea consuelo de los mortales sino admiración de los habitantes del cielo; algo que no pase con los breves días del Congreso, sino que perpetúe en frutos copiosos de orden moral, espiritual y sobrenatural y consiguientemente también material, temporal y terreno. Es el que resumimos y suplicamos con la palabra PAZ, fruto sazonado del Espíritu Santo, en cuya Pascua culminarán las fiestas del Congreso. Hay que templar las almas y las corazones para que aquéllos sean verdaderamente santos y dejen profunda huella de santidad en Barcelona, en nuestra diócesis, en España y en el mundo.»

Las palabras del Excmo. Sr. Obispo de Barcelona descubren una vez más, el profundo sentido sobrenatural que ofrecen las grandiosas jor-

nadas de todo Congreso Eucarístico. Sentido de auténtica renovación de la vida cristiana en el hecho de postarse reverentes los hombres ante el milagro de la Eucaristía, con todos los requisitos necesarios para que la reverencia tenga verdadero carácter de tal. Imaginamos la trascendencia que puede encerrar el Congreso que se avecina, para la auténtica paz del mundo, si los católicos vamos a él con el espíritu que la Iglesia nos pide.

UNA PASTORAL DEL CARDENAL GRIFFIN

Con ocasión del inicio de la Cuaresma, el Cardenal Griffin, arzobispo de Westminster, ha dirigido a sus diocesanos una carta pastoral sobre el tema del apostolado seglar. En ella se lee lo siguiente:

«En los tiempos actuales nos sentimos llevados a considerar que las fuerzas del cristianismo y del paganismo, se encuentran empeñadas entre sí en una lucha de vida o muerte, pero existe el peligro de que en los países occidentales, en donde se polariza nuestra oposición al ateísmo comunista, cerremos los ojos ante el materialismo. Existe otro peligro en el hecho de que no entendemos en su pleno significado las palabras de Dios: El que no está conmigo está contra mí.» Recuerda el Cardenal las advertencias del Papa a los participantes en el Congreso Mundial del Apostolado Seglar, celebrado el pasado otoño. Y prosigue: «muchos factores han contribuido al establecimiento del actual estado de cosas, dentro del cual es de gran importancia el que, para el apostolado de la Iglesia, juegue un papel muy notable el apostolado confiado a los seglares. La población mundial ha crecido constantemente en número y con la ayuda de Dios también ha aumentado considerablemente la familia de la Iglesia. Pero el número de sacerdotes, no ha aumentado en la misma proporción en todos los países. Si el apostolado instituido por Cristo ha de continuar cumpliendo con su cometido, la colaboración de los seglares es entonces, según las palabras del Papa, de indiscutible necesidad.»

DEL LLAMAMIENTO DEL PAPA

A LOS FIELES DE ROMA

En la Cancillería Romana y bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Micara, tuvo efecto el día 21 de febrero una reunión de los dirigentes de las asociaciones católicas de la Ciudad Eterna, para tratar de la coordinación de todas las actividades de aquellas, respondiendo a la reciente exhortación de Su Santidad.

El Cardenal Micara presentó al P. Tenzi como a su representante para la coordinación de los trabajos conducentes al deseado despertar de la diócesis del Papa, despertar que ha convertir Roma en la ciudad modelo de la vida espiritual. El P. Tenzi explicó cuáles son las actividades que deben realizarse a la luz de los consejos pontificios,

ACTUALIDAD

bajo la sapiente y paternal dirección del cardenal Micara, y con la colaboración de cuantas asociaciones despliegan en Roma, los trabajos del más fecundo apostolado.

En su exhortación a los fieles de Roma, decía Su Santidad: «Auguramos que el potente despertar sea prontamente imitado en las vecinas y lejanas diócesis, a fin de que sea concedido a nuestros ojos el contemplar la vuelta de Cristo, no sólo de la ciudad, sino también de las naciones, los continentes, la humanidad entera.»

El deseo del Papa ha persuadido a la Sagrada Congregación de la Propagación de la Fe de la necesidad de hacer llegar a todas las misiones católicas, un comunicado en el que se ponen de relieve los párrafos de la exhortación pontificia, en los que se contienen directrices de valor universal, aplicables por lo tanto, lo mismo a los nuevos, que a los viejos países del mundo cristiano.

El comunicado concluye: «Las solícitas palabras del Padre común reclaman de vuestro pensamiento, en esta hora crucial, la necesidad de intensificar la obra de evangelización, a fin de que las gentes, para las cuales ha sido realizada virtualmente la Redención vitam habeant et abundantius habeant.»

El discurso del Papa al que hacen referencia las noticias que anteceden, ha repercutido con varia resonancia en los medios políticos ita-

lianos. Una crónica del corresponsal de «La Vanguardia Española» en Roma, aparecida en la edición de dicho periódico, correspondiente al día 29 de febrero habla de la reacción «laicista», frente a lo que se ve como una intromisión del confesionalismo en la política. Aunque el temor a que obedezca semejante reacción no carezca en absoluto de un cierto fundamento, pues es claro que desde el momento en que los católicos se muestren decididos a llevar una vida de más intenso cristianismo, su intervención en la política puede ofrecer caracteres de mayor vitalidad, es cierto, sin embargo, que la actitud «laicista» a que aludimos supone una interpretación meramente humana y terrena de unas palabras, como las del Papa de sentido y alcance totalmente sobrenatural. Por esa misma causa habría de calificarse de verdadero desvío el intento de los partidos de derecha, de aprovechar la exhortación pontificia como medio de propaganda al servicio de sus ideas políticas.

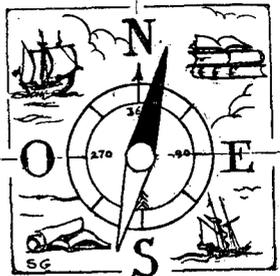
Por lo demás parece innegable que la misma exhortación ha de llevar a muchos católicos a revisar los principios lógicos en que se fundamenta su toma de posición política. Así parece lo da a entender una crónica de Fernando Díaz-Plaja. Según ella, se ha puesto especial interés por parte de los círculos católicos en hacer constar estos días, que ningún partido ha de pretender

arrogarse a la exclusiva de la representación de los católicos. De la misma crónica se desprende que la alusión a la Democracia Cristiana, a través de aquellas manifestaciones, no deja lugar a dudas.

LA IGLESIA DE ORIENTE Y ROMA

Ha fallecido recientemente el Delegado Apostólico en Turquía monseñor Cassulo. Se recuerda con ese motivo, las cordiales relaciones mantenidas por el finado con el Patriarca ortodoxo de Fener, monseñor Athenagoras, para lo cual hubo de romper éste con un cúmulo de prevenciones y prejuicios de vieja y arraigadísima historia. Ante el estupor general dijo monseñor Athenagoras, en el discurso pronunciado con ocasión de subir al trono patriarcal, en febrero de 1948: «Cúmpleme ante todo, saludar al jefe de la venerable Iglesia de Roma». El Difunto Delegado Apostólico transmitió a Su Santidad las expresiones de afecto del Patriarca de Fener, y entregó a éste, un cúmulo de Papa delicados obsequios. La cordialidad existente fué interpretada como indicio favorable de un próximo acercamiento de la Iglesia de Oriente a Roma. Se espera que el nombramiento del nuevo Delegado de la Santa Sede suponga un nuevo paso en el camino de dicho acercamiento.

HIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Risas en Lisboa - La superioridad de Yugoslavia - Aviso a los cándidos ¿Colabora Norteamérica con la URSS? - Sombras - El fracaso de la NATO - En Asia no quieren ¿y en Europa? - MOSCÚ DESCONFIA DE LOS JUDIOS EN LA GUERRA.

Del 26 al 29 de febrero

RISAS EN LISBOA

Terminada la conferencia que han celebrado en Lisboa los miembros de la NATO, el jefe de los servicios de prensa de este organismo, Parsons, tuvo una reunión con los periodistas en el transcurso de la cual éstos le hicieron varias preguntas sobre los acuerdos tomados por los ministros de Asuntos Exteriores de los países integrantes del Pacto Atlántico.

Después de afirmar que este año no se podrían preparar tropas alemanas «con eficacia de colaboración», la conferencia de Prensa derivó por derrotos cómicos, según la información que nos transmite la agencia Efe desde la capital por-

tuguesa y que copiada al pie de la letra dice:

«En las contestaciones a las dos últimas preguntas, que provocaron risas en salón de la conferencia, Parsons declaró que se discutió mucho acerca de si Inglaterra está incluida o no en Europa, pero que al fin se llegó a la conclusión de que sí.

»Otro periodista preguntó cuántas divisiones calculaba la NATO que tiene actualmente Rusia. Replicó que de 165 a 175. Recordó entonces el periodista que la NATO hablaba solamente de 50 divisiones para la defensa de Europa, a lo que contestó que las divisiones rusas son más reducidas que las de las Potencias occidentales.

»Las risas terminaron cuando Parsons anunció que hoy lunes ce-

lebrará una conferencia de Prensa el ministerio de Asuntos Exteriores de Portugal, profesor Da Cunha.»

¿Qué significa todo esto? En realidad, el hecho de que los informadores de las agencias y de los periódicos presentes en Lisboa se tomen a broma los recientes acuerdos de la NATO, parece indicar que ninguno de ellos cree en la efectividad del pretendido Ejército continental europeo, y mucho menos en la eficacia de las cincuenta divisiones atlánticas prometidas «para finales de 1952», si la masa del Ejército rojo —en la que hay que incluir, además de las 165 a 175 divisiones soviéticas; las que están en pie de guerra en los países satélites— se pusiera en movimiento contra la Europa occidental. Sin embargo, no

creemos que sean cosas para tomarlas a risa, ciertamente.

LA SUPERIORIDAD DE YUGOSLAVIA

El representante demócrata en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, George Mahon, presidente de la Subcomisión de Asignaciones, ha dicho que la Unión Soviética no solamente posee superioridad numérica aérea sobre Norteamérica, sino que viene produciendo aviones a un ritmo más rápido.

En otras ocasiones hemos reproducido en estas páginas noticias similares, que demuestran cuán lejos se hallan los Estados Unidos de su rearme intensivo. Y si ello ocurre en la primera nación industrial del mundo —la primera según aseguran muchos—, no es de extrañar lo que viene sucediendo en las democracias europeas.

No obstante cuesta mucho de creer que la Europa atlántica no pueda movilizar más allá de cincuenta divisiones, y que incluso se llegue a dudar de la eficacia de una resistencia total de los occidentales ante una agresión soviética.

En contraste con lo anterior, el embajador norteamericano en Belgrado, Hallen, acaba de declarar en Washington que «Yugoeslavia posee un Ejército que haría frente a cualquier ataque de los satélites soviéticos de una forma efectiva», y que dicho país es hoy «un firme baluarte contra la agresión.»

¿Por qué Yugoeslavia puede ser lo que no son, ni llevan trazas de serlo, Francia y los demás países demócratas del Occidente? ¿Por qué incluso los Estados Unidos se hallan en este aspecto, en peor situación que Tito?

AVISO A LOS CÁNDIDOS

Comentando los acuerdos de Lisboa, dice el «Times»:

«Sólo los cándidos se imaginan que el general Eisenhower dispondrá de hecho a fin de año, de cincuenta divisiones dispuestas y a punto de combatir en Europa».

Y añade que «ese total imaginario y la promesa, más irreal todavía, de formar 85 a 100 divisiones en un plazo de dos años parecen contener el máximo de provocación para la URSS, impresionándola en cambio muy poco».

Si los que aceptan como auténticas y de buena fe las promesas de la NATO son unos cándidos —así lo afirma el «Times»—, ¿cómo calificar a las personas que tratan de engañar a los tímidos y a los inconscientes?

Pero lo más grave de este asunto es, quizás, la provocación constante de que se hace objeto a la Unión Soviética, cuando se sabe positivamente que los países occidentales no están suficientemente preparados. ¿Existe la probabilidad de que algunos elementos estén jugando con el pretendido rearme de la Europa occidental, no para organizar mejor su defensa sino para inci-

tar a los soviets a desencadenar la temida conflagración?

¿COLABORA NORTEAMÉRICA CON LA URSS?

«Parece como si los Estados Unidos, después de ayudar a los rusos a construir la bomba atómica, estén dispuestos a facilitarles la tarea de que la lancen sobre sus cabezas. Esto es lo que se ha puesto de relieve en una de las últimas conferencias de Prensa del presidente Truman, cuando uno de los reporteros presentes preguntó al Presidente cómo era posible que el Gobierno pusiese a la venta mapas de los Estados Unidos, donde aparecen localizadas las instalaciones atómicas».

Y termina la crónica de Washington, facilitada por el servicio «Amunco», de la que tomamos esta información:

«Truman, incluso, se puso algo furioso cuando el reportero le hizo notar: «¿Sabe usted que cualquiera puede obtener estos mapas, sin más que escribir pidiéndolos?». Desde luego, el Presidente lo sabe. Su explicación fué algo evasiva. Dijo que «los norteamericanos deberían emplear su sentido común para no hacer nada que pudiese llevar a la destrucción de su país». Presumiblemente, para Truman, el hecho de que los rusos conozcan los emplazamientos exactos de sus fábricas atómicas, no constituye peligro para los Estados Unidos».

Dentro de una política de provocación puede encajar perfectamente el ayudar al adversario para animarle a desencadenar la trágica aventura.

Del 1.º al 4 de marzo

SOMBRAS

El presidente de la República francesa, señor Auriol, ha tenido que levantarse apresuradamente a luz del alba para aceptar la dimisión que le presentó el jefe del gobierno, Edgar Faure. El señor Faure había sido derrotado en la segunda votación de confianza que se celebró en la Asamblea a las cuatro de la madrugada, cuando se discutía la cuestión de los nuevos impuestos.

«Esta crisis — escribe desde París, Martínez Tomás— es la tercera que se produce en los siete meses que lleva de existencia la Asamblea y la segunda en lo que va de año. Constituido el Gobierno de Edgar Faure el 20 de enero, ha vivido treinta y nueve días justos y ha muerto del mismo mal que el que le antecedió: de la falta de una verdadera mayoría».

Crisis de gobierno, crisis de régimen, crisis nacional.

«El drama de Francia —dice «París Press»— es este régimen de Asamblea que no sabe funcionar más que entre las cuatro de la tarde y las seis de la madrugada y que se desenvuelve en un ritmo alocado. Ni Clemenceau, que se acostaba a

¿QUIEN TIENE RAZON?

En «El Correo Catalán» de Barcelona, en su edición correspondiente al día 29 de febrero, aparecen en su página número 6 dos crónicas que contienen apreciaciones contradictorias sobre la superioridad aérea de la Unión Soviética en relación con los Estados Unidos.

Una de ellas la firman los periodistas norteamericanos Joseph y Stevart Alsop; la otra es original del corresponsal del referido diario en Nueva York, M. Casares Sánchez Rejano.

Dicen los Alsop:

«En el aire, las pérdidas americanas tanto por fuego antiaéreo como por combates con cazas enemigos, igualan a las sufridas por los comunistas en el último de los dos casos. Además, los soviets pueden estar satisfechos de pagar con la pérdida de unos cuantos «Mig-15», de los 5.000 producidos al año, la experiencia que adquieren en la lucha. Como resultado de la misma, las estructuras de los «Mig-15» han sido reforzadas, al tiempo que se les dota de una mayor densidad de fuego.»

Escribe Sánchez Rejano:

«En cuanto al tema de la superioridad aérea, nunca en la historia se inventó nada tan derrotista, ridículo, falso y deprimente. Es cierto que los propios jefes de las fuerzas aéreas norteamericanas han exaltado en ciertas ocasiones al caza ruso de propulsión a chorro. Pero, por lo general, al público no se le han dado bien digeridos los motivos. El general Vandenberg, jefe del Estado Mayor de las fuerzas aéreas, declaró un día ante el Congreso, que lo que había de aviación era sólo el cordón de un zapato. En un país donde las llamadas de socorro han caído muy a menudo en saco roto y donde el presidente, poco antes de la agresión coreana, bloqueó los fondos votados por el Congreso, diciendo que no eran necesarios los grupos de aviación propuestos, es lógico que el jefe de un servicio reclame en un acto de propaganda legítima, en busca de mayores disponibilidades.»

¿Quién tiene razón?

las nueve de la noche; ni Poincaré, que reglamentaba su tiempo estrictamente; ni Caillaux, ni Briand se hubiesen prestado a este juego. Yo busco hombres —se dice que dijo Auriol con ocasión de la última crisis— y sólo encuentro sombras».

ACTUALIDAD

¿Y qué puede esperarse de las sombras? La trágica realidad que ofrece Francia en nuestros días habla elocuentemente a quien quiere o puede ver.

EL FRACASO DE LA NATO

El «New York Times» arremete ahora contra los resultados de la conferencia de Lisboa:

«Un pájaro en mano —dice— vale desde luego, más que ciento volando, pero la mayoría de los observadores, aun sin despreciar la labor realizada por el señor Acheson, creen hoy que muchos de los comentarios de los últimos días sobre las maravillosas virtudes atribuidas al acuerdo de Portugal pueden entrar por un oído y salir por el otro.» alemanes en el futuro Ejército europeo, el diario neoyorquino subraya el hecho de que para que dicho acuerdo sea válido será preciso que previamente lo ratifiquen los parlamentos de todos los países que forman parte de la NATO, lo cual significa aplazar indefinidamente la formación de las previstas divisiones germanas. ¿Qué queda entonces de lo convenido en Lisboa?

La respuesta del «New York Times» es que de momento se ha logrado evitar un fracaso fatal. Pero, ¿no será mayor el fracaso cuando los pueblos se den cuenta del engaño de que han sido víctimas?

Del 5 al 10 de marzo

EN ASIA NO QUIEREN.

¿Y EN EUROPA?

A los dirigentes norteamericanos les interesa acabar cuanto antes la guerra de Corea. Tal parece ser la impresión de un comentario de la revista «Time», favorable a la candidatura de Eisenhower en las próximas elecciones:

«Un mes después de haber comenzado la guerra en Corea —escribe—, el general Eisenhower dijo que si no éramos capaces de ganar allí, no seríamos capaces de ganar en ningún sitio. Se ha hecho evidente que Norteamérica no va a ganar la guerra de Corea. Washington carece de voluntad para ganarla. Durante los ocho meses de negociaciones para el armisticio, nuestras fuerzas se han debilitado y las enemigas fortalecido. No hay voluntad para conseguir cosa alguna superior a un empate. Se revela como un nuevo y significativo acontecimiento el hecho de que los Estados Unidos han sido incapaces de derrotar a los chinos rojos.»

Ahora bien, mientras en Asia las cosas se presentan mal para los norteamericanos, ¿qué ocurre en Europa?

Y responde «Time»: «A pesar del esfuerzo y los miles de millones norteamericanos, Europa sigue abierta a la invasión. Francia, desangrada por Indochina, se encuentra frente a una grave crisis económica. La Alemania occidental no está todavía armada...»

De ello resulta que los Estados Unidos no logran situar una fuerza preponderante ni en Asia ni en Europa; con la grave circunstancia de que a nuestro continente no llegan los refuerzos materiales prometidos a las naciones europeas de la NATO, bajo el pretexto de que la guerra de Corea consume una parte considerable de la producción bélica norteamericana. Pero tampoco en Corea alcanzan el nivel indispensable para vencer.

En cambio, la Unión Soviética tiene en jaque a Europa entera; se burló de los Estados Unidos en Asia, y consigue una producción de material bélico que supera mucho a la norteamericana.

«Durante las largas negociaciones sobre la tregua —dice el general Spaak en la revista «Newsweek—, los chinos rojos han montado con ayuda rusa, la tercera o cuarta aviación mundial. Su fuerza aérea es ahora superior a la nuestra en el Extremo Oriente. Tal como las cosas se han puesto —concluye—, el tiempo está del lado de ellos, y nuestra perspectiva es negra.»

Truman no aspira más que a conseguir el armisticio en Corea, es decir, a sellar la derrota completa. Sin embargo, en Europa, no logra mejor resultado que allí, y en cuanto al frente interior, los miles de millones de dólares aprobados por el Consejo para el rearme, no han impedido que la URSS tenga una potencia militar mucho más alta, en calidad y en cantidad, de la que pueden ufanarse actualmente los gobernantes de Washington.

¿Por qué?

MOSCÚ DESCONFÍA DE LOS JUDÍOS

EN LA GUERRA

Mientras Norteamérica parece incapaz de salir de su propia confusión y juega alternativamente al rearme y al desarme, al pacifismo a ultranza y a la provocación sin tasa, la Unión Soviética se ha tomado muy en serio la posibilidad próxima de la tercera guerra mundial.

El mariscal soviético Malinovski acaba de escribir en «Estrella Roja»: «La actual situación obliga a las fuerzas armadas soviéticas a tener preparados hombres y los medios indispensables para hacer frente a una tercera guerra mundial. Aparece claro que con la constitución del Ejército europeo, los Estados Unidos preparan la agresión

contra la URSS, y que es indispensable proceder a un aumento de los gastos militares. Las previsiones de Stalin se cumplen. Los Estados Unidos, que se convirtieron en la pasada guerra mundial en la plaza fuerte del imperialismo, reúnen los Estados capitalistas para la guerra decisiva y mortal entre los dos sistemas. Hemos de estar dispuestos a sostener el choque.»

Resulta en extremo curioso que para vigorizar su Ejército, para ponerlo en condiciones contra los Estados Unidos, el Kremlin esté tomando determinadas disposiciones contra la oficialidad de origen judío. No se trata de persecución antisemita, inconcebible por el momento al menos en la Unión Soviética, sino de una extraña medida de precaución.

Pero veamos como lo explica «Christian Science Monitor»:

«En el transcurso de las purgas más recientes, que tienen por objeto su «arianización» de las unidades de las fuerzas armadas, los judíos que se encuentran todavía en los altos puestos han sido trasladados a los mandos del interior, reconociendo empero sus servicios. La política que hasta hoy se había aplicado al personal ruso en la Alemania oriental, se aplica ahora a los judíos en todo el territorio de la Unión Soviética.»

Y entre las razones que da el periódico sobre esa actitud del Kremlin, figura la siguiente:

«Convencido de la lealtad hacia sus correligionarios que se encuentran en Israel y en las democracias occidentales, el Kremlin cree que es peligroso dejar a los judíos en las proximidades de las fronteras occidentales.»

La URSS está, por consiguiente, convencida de que tarde o temprano será objeto de una agresión violenta por parte de las democracias, y en primer lugar de los Estados Unidos; es decir: Stalin cree —y sus razones tendrá— en la proximidad de la tercera guerra mundial. Contra el parecer, repetidamente hecho público, de los Truman, de los Acheson de los Eden, etc.

¿Quién es el engañado? ¿Quién trata de engañar? Lo cierto es que la Unión Soviética se prepara eficazmente; en cambio las democracias hablan mucho de agresión comunista, mientras aseguran que el peligro de guerra se aleja...

Pero, ¿por qué amenaza una tercera guerra mundial?

¿No estará tal vez contenida la respuesta, más que en las consideraciones de Manilovski, en esa separación sistemática de los judíos del mando de las unidades situadas «en las proximidades de las fronteras occidentales?»

SHEHAR YASHUB

CON CENSURA ECLESIASTICA

LA SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO

por el P. Enrique Ramière, S. I.



Puesto que el designio incontestable de Dios es que su Hijo reine, ¿por qué no trabajar por este Reino? ¿Por qué no insistir sin cesar en que, fuera de esta realeza divina, las naciones están condenadas a conmociones incesantes, a la decadencia de las costumbres y al caos intelectual?

Pida a su librero la importante obra del P. Enrique Ramière, S. I.

LA SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO

o diríjase a

Precio: 30 pesetas.

PUBLICACIONES CRISTIANDAD - Diputación, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA

Barcelonés:

Ofrece tu hospitalidad
a los católicos de todo
el mundo.

ELECTRICIDAD

BROTO

INSTALACIONES GENERALES
APARATOS ELECTRODOMESTICOS
LAMPARAS BRONCE Y CRISTAL
MATERIAL ELECTRICO, ETC. ETC.

EXPOSICION Y VENTA:
Consejo de Ciento, 325
Teléfono 21 57 50

OFICINA TECNICA:
Balmes, 135
Tel. 27 18 86

SERVICIO REPARACIONES:
Consejo de Ciento, 327 pasaje
Teléfono 21 57 50

TEXMO, S. A.

FABRICA DE TEJIDOS DE RAYON

Se complace en ofrecerle su creación en exclusiva del pañuelo estampado para el XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

★

Despacho: Ausias March, 4
Teléfono 21 34 84

Fábrica: Juncá, 33
Teléfono 26 04 15

BARCELONA

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor

✦

Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)



*Visite las Cuevas
de Artá*

Obras existentes en nuestra Administración que por su interés recomendamos:

Historia de las Sociedades Secretas - Vicente de la Fuente	45	ptas. (los 3 tomos)
La Inquisición - J. M. Orti Lara	10	» ejemplar
La vuelta a los altares - Luis Creus Vidal	25	» »
El liberalismo es pecado - Félix Sardá y Salvany	4	» »